



Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez

Con «El Sueño de Chile»
del Cardenal Raúl.
Construyendo la amistad cívica



121803

**Con «El Sueño de Chile»
del Cardenal Raúl, construyendo la amistad cívica**

Enero 2018

Edición:

Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez

Dirección editorial y comentarios

Nello Gargiulo

Selección de textos

María Beatriz Isola

Corrección de textos

Álvaro Quezada

Claudia Candiani

Diseño y diagramación

Carola Esquivel

Impresión

Gráfica Maryuri SPA

Nº de Inscripción

A-286744

ISBN

978-956-09105-0-9

Índice

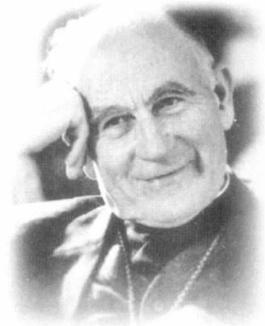
Presentación	5
CAPÍTULO I	
La Patria. Nuestra Patria. La mirada del Cardenal Silva Henríquez.	13
CAPÍTULO II	
Los honestos ciudadanos y los buenos cristianos.	25
CAPÍTULO III	
La amistad cívica como base del actuar social	35
CAPÍTULO IV	
La amistad cívica y la solidaridad.....	45
CAPÍTULO V	
La amistad cívica y la fraternidad. La reciprocidad.....	55
CAPÍTULO VI	
Fraternidad, economía y bien común	67
CAPÍTULO VII	
Amistad cívica y cuidado de la casa común.....	77

Más que conclusión, una proyección Colaboración de José Alegría, Director de Asuntos Estudiantiles de la Universidad Católica Silva Henríquez	89
Bibliografía.....	93

Presentación

«Nosotros -todos- somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la patria sin fronteras. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea que hace muchos años comenzaba, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez».

*Te Deum Ecuménico Catedral Metropolitana,
noviembre 04 de 1970*



El desarrollo de la educación cívica y política cada vez más, en el mundo entero está llegando al consenso de que la comunidad política y los partidos políticos existen para servir y promover el desarrollo y el protagonismo de la sociedad civil, y no al revés. En la medida en que las sociedades democráticas apunten decididamente al bien común, existen mayores grados de probabilidad de que se pueda organizar la convivencia nacional e internacional de un modo más efectivo. A lo largo de su historia, la Iglesia Católica ha contribuido mucho a establecer la distinción entre la Comunidad Política y la Sociedad Civil.

Bajo esta mirada es fundamental tener presente que el camino de la Iglesia siempre va en la dirección de poner a la persona humana al centro de todo proceso civil, político y económico, considerándola como un ser que tiene, en primer lugar, libertad y autonomía, y una marcada vocación a no vivir para sí y por sí solo sino en comunidad. Hablamos

de persona humana y no de individuo porque está llamada a vivir relaciones sociales en las que los vínculos sean de cooperación, comunión y amistad social, abierta a la trascendencia.

Sin embargo, los últimos dos siglos de historia de la época moderna, en el marco de las sociedades industriales, se han apropiado de dos visiones en sí contrastantes cuando han sido aplicadas a la creación de las estructuras de los Estados, que en definitiva han reducido la visión de la persona humana. Hablamos de las ideologías predominantes entre la mitad del siglo XIX y el siglo XX: el marxismo y el capitalismo, que si bien no están presentes con su fuerte inspiración originaria, aún influyen en los sistemas sociopolíticos y económicos de muchos estados modernos.

El individualismo, que fue un pilar central del desarrollo de la teoría del capitalismo, ha tenido como tendencia delegar en las fuerzas del mercado y de la libre competencia las estructuras asociativas que nacen en múltiples casos con fines sociales y no lucrativos. La eficiencia y el efficientismo en estos casos, no siendo considerados por los actores prevalentes del mercado, como características de todo el quehacer del mundo asociativo, hace que se tiende más bien a ignorar el ámbito de la sociedad civil.

Filantropía, desarrollo educativo, cultural y social son las temáticas preferentes para crear fundaciones con los capitales que son aportados con donaciones o también con iniciativas varias, como colectas, bingos o capitales de inversiones, etc. Las corporaciones sin fines de lucro se forman cuando un grupo de personas se une, se asocia para cumplir con ciertos

ideales. Los miembros de las corporaciones aportan con sus cuotas en dinero y también generan iniciativas para reunir fondos y presentar proyectos a entidades públicas y privadas que los destinan para los fines que son propios de estas entidades. Lo mismo vale para las ONG (organizaciones no gubernamentales). Por lo general, las sociedades democráticas tienen, cuál más cuál menos, una trama de organizaciones de la sociedad civil que termina siendo un tejido amortiguador, especialmente en los momentos de turbulencias económicas o calamidades sociales, sobre todo porque el voluntariado es la fuerza decidora del quehacer de la mayoría de estas organizaciones.

Los totalitarismos, ya sea cuando en su inspiración tienen una matriz marxista o también nacionalista, asumen el rol de un Estado propulsor del desarrollo social y económico. La sociedad civil no tiene espacio para existir, y cuando existe, tiene poco espacio para moverse y poder desarrollar con libertad su función. Con las políticas legistalativas y la redistribución de los recursos, el Estado absorbe a la sociedad civil. Por lo tanto, la estructura de corporaciones sin fines de lucro, ONGs y fundaciones, resultan ser débiles o casi inexistente.

Los efectos de ambas posturas, sin duda, han terminado reduciendo la cultura del bien común.

Por una parte, la cultura individualista que da origen a los modelos capitalistas y neoliberales reemplaza el concepto del bien común por el de bien individual. En cambio el modelo de la cultura del bien común se considera el acopio de conductas solidarias y fraternas que satisfacen a cada individuo según sus propias necesidades.

La postura estatista, por su lado, asume únicamente el concepto de bien público que, en su esencia, es la preocupación del Estado hacia sus ciudadanos de crear bienes de uso colectivo para el desarrollo de la ciudadanía.

El bien común, sin embargo, supera la concepción de bien individual y de bien público, porque se construye cuando las personas cooperan entre sí. El fundamento del actuar del bien común debe ser siempre la cultura del don y de la gratuidad, elementos fundantes de la reciprocidad y por lo tanto de una verdadera sociabilidad.

Es a partir de esta consideración que tiene sentido el modesto trabajo que presentamos y que solo pretende ofrecer a los lectores, y especialmente a los jóvenes, una serie de textos con relación a la Amistad Cívica como base del actuar social y como el camino adecuado para hacer efectivos los grandes principios de la Solidaridad y de la Subsidiaridad, como los de la Fraternidad y del Bien Común.

Para sustentar estos principios hemos considerado referirnos a personajes que han sido Maestros y Testigos del Evangelio, y cuyas propuestas de Pensamiento y Vida, son signo de nuevos Carismas en la Iglesia.

De aquí el Sueño de Chile del Cardenal Raúl, inspirado en el Carisma de Don Bosco y su sistema educativo centrado en la trilogía: Amor; Religión y Razón. Luego, el principio de fraternidad con Chiara Lubich, aplicación social de la espiritualidad de comunión, característica del Carisma de la Unidad. Y más cerca nuestro, el Papa Francisco, con su imperante llamado a una ecología integral, superando la «cultura del

descarte» como fenómeno social mundial; por eso el cuidado del medio ambiente es una tarea que la economía y la política no pueden separar del pleno desarrollo y de los caminos de la justicia y de la Paz.

Son reflexiones breves, en las cuales se cruzan preguntas de estudiantes, experiencias, textos seleccionados y breves comentarios. Lo que ofrecemos no pretende ser un ensayo o una guía de reflexión y estudios de las problemáticas abordadas, y ni siquiera una serie de artículos relacionados. Más bien se trata de una recopilación para el intercambio con jóvenes, con los cuales han sido abordados estos temas en encuentros y conversaciones, y con un método que ha integrado la presentación de cada una de las temáticas con momentos de diálogo. A lo largo de esta experiencia han tomado forma las inquietudes e interrogantes de los mismos, generando el estilo que caracteriza a estas breves páginas.

A modo de conclusión del proyecto que denominamos: Con el sueño de Chile del Cardenal Raúl: Construyendo la Amista Cívica, la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez, agradece en primer lugar a la oficina de subvención de la Presidencia de la República, que no solamente ha hecho posible la realización del programa en su conjunto con los recursos aportados, sino que merece destacarse la participación directa del equipo de la misma oficina, la cual con su experiencia se involucró directamente en el método con el que hemos llegado a esta publicación.

Además, agradecemos a la Universidad Católica Silva Henríquez, con su Escuela de Administración y Economía, or-

ganizando seminarios y coloquios con los estudiantes, y a la Dirección de Vinculación con el Medio, de la misma Universidad, que se hizo cargo de los talleres de aplicación, favoreciendo una metodología pedagógica que ha vinculado el tema del medio ambiente con la responsabilidad social estudiantil, desarrollando un proyecto en contacto con contextos sociales de exclusión. No menor ha sido el aporte del académico Nelson Rodríguez, director de Formación Identitaria, para la elaboración del capítulo del Sueño de Chile.

Con estos seminarios, coloquios y talleres hemos querido también profundizar con los estudiantes los horizontes más amplios que se relacionan con una economía con las características de la chilena, cada vez más en la senda de la diversificación productiva asociada a nuevas tecnologías aplicadas a subproductos y derivados. Estudios y aplicaciones, por parte de los estudiantes, abren la posibilidad de encontrar una plena utilización en una economía cíclica y circular, que es creadora de nuevos puestos de trabajo. Con esto, también, el espectro de los modelos de gestión se amplían y se enriquecen del aporte de aquellas redes sociales y sectores empresariales que apuntan a revalorizar un manejo económico productivo. Con esto se puede romper el esquema de un financiamiento que solo se otorga, cuando existen las garantías económicas suficientes. El ejercicio de la confianza como virtud social en economía es el camino para abrir nuevos espacios, incluido el financiamiento de proyectos e iniciativas productivas de la sociedad civil, que tienen fines ideales y aportan a la sociedad justamente porque se ocupan de sectores y problemáticas que para el mercado no son rentables según el esquema tradicional de la economía.

La mirada desde el desarrollo humano global e integral es la nueva perspectiva para abrir espacios de financiamiento a las buenas ideas y a los buenos proyectos de muchos jóvenes que tienen talentos empresariales y que por vocación, se sienten cercanos a los modelos de economía social y circular. La confianza es un atributo que tiene su relevancia para ser considerada y estudiada desde un punto de vista también financiero.

Para terminar, es pertinente hacer una referencia al enfoque final de la publicación en el capítulo dedicado a la Encíclica de Papa Francisco: *Laudato Si*. La casa común debe ser custodiada por cada uno que la habita y esto solo será posible si la conciencia de la interdependencia entre las generaciones actuales y las generaciones futuras se construye sobre bases de una sociedad civil sólida y articulada que trabaje en la dirección de favorecer una convivencia social más libre y justa, en la cual los ciudadanos se asocian y, con el sentido de una fuerte amistad cívica, son capaces en la diversidad de hacer frente a sus propias necesidades y defender sus legítimos intereses. Es por esto que hemos querido abordar en el último capítulo desde un enfoque denominado «eco»: económico; ecológico, ecosistémico y ecuménico, así como fue presentado en un ciclo de seminarios realizados en diferentes ciudades de Chile.

Los jóvenes exigen ejemplos y modelos de vida a imitar y seguramente cada uno al leer estas páginas, se sentirá motivado con las palabras con que el Papa Francisco termina su encuentro con ellos en Maipú. Estas palabras que el Papa cita, son las del Cardenal Raúl Silva Henríquez que dirige a los jóvenes el 7 de octubre de 1979 en la celebración de una semana para Jesús: «*Queridos amigos, queridos jóvenes: Sean ustedes, -se los pido por*

favor- sean ustedes los jóvenes samaritanos que nunca abandonan a nadie tirado en el camino. En el corazón, otra pregunta: ¿Alguna vez abandoné a alguien tirado en el camino? ¿Un pariente, un amigo, amiga...?. Sean samaritanos, nunca abandonen al hombre tirado en el camino. Sean ustedes los jóvenes cirineos que ayudan a Cristo a llevar su cruz y se comprometen con el sufrimiento de sus hermanos. Sean como Zaqueo, que transformó su enanismo espiritual en grandeza y dejó que Jesús transformara su corazón materialista en un corazón solidario. Sean como la joven Magdalena, apasionada buscadora del amor, que sólo en Jesús encuentra las respuestas que necesita. Tengan el corazón de Pedro, para abandonar las redes junto al lago. Tengan el cariño de Juan, para reposar en Jesús todos sus afectos. Tengan la disponibilidad de nuestra Madre, la primera discípula, para cantar con gozo y hacer su voluntad».

Esperamos que estas páginas, puedan ser de interés para muchos jóvenes estudiantes, y permitan acercar nuevos conceptos al pensamiento juvenil a al mismo tiempo motivar nuevas preguntas que la construcción de las sociedades modernas debería integrar como requisito del principio de la Fraternidad para que este comience a ser efectivo en las categorías de la política y de la ciencia económica.

Nello Gargiulo

Secretario Ejecutivo de la
Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez

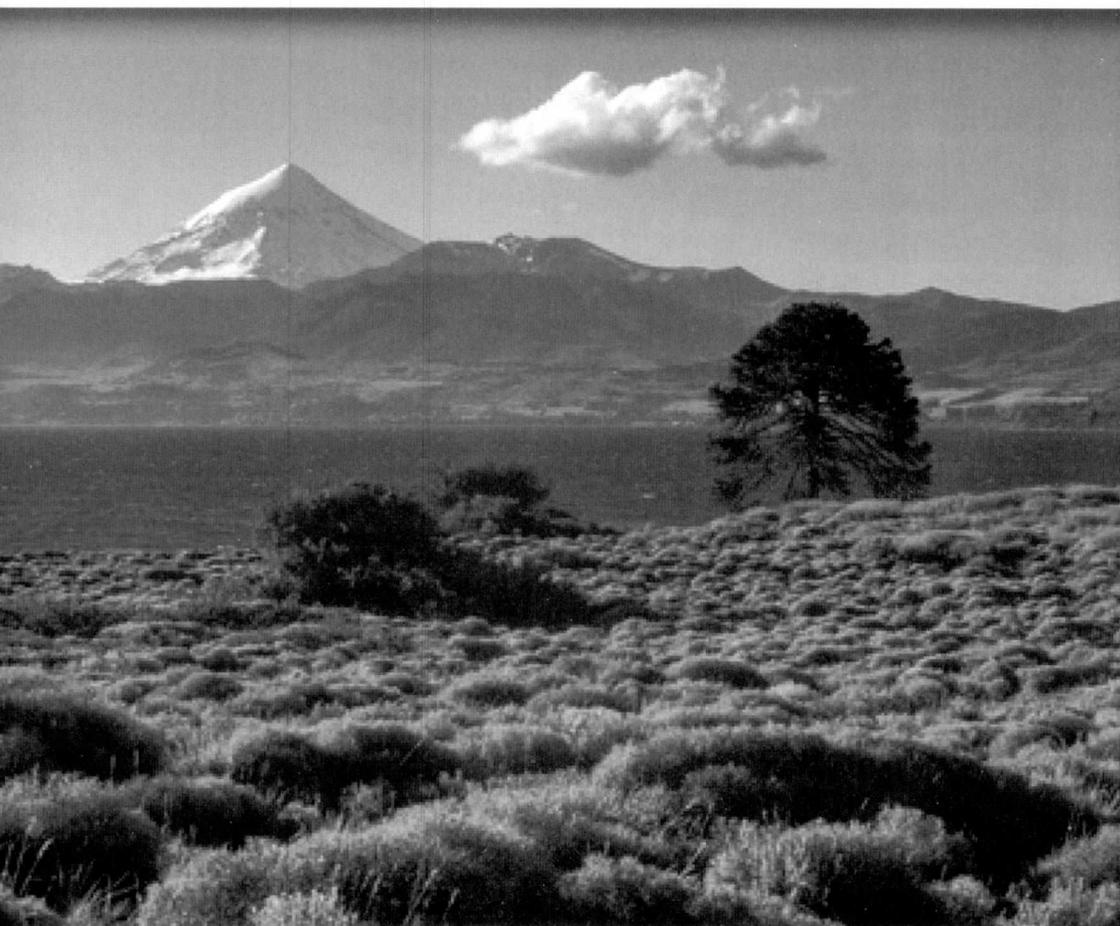


CAPÍTULO I

La Patria. Nuestra Patria. La mirada del Cardenal Silva Henríquez.

La promesa de Dios y la resurrección de Jesucristo suscitan en los cristianos la esperanza fundada que para todas las personas humanas está preparada una morada nueva y eterna, una tierra en la que habita la justicia'.

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. N.50





La palabra «Patria» es una referencia permanente del Cardenal Raúl Silva a los hombres de su país. Para él, Chile es una prioridad, pues su construcción en la justicia, en el encuentro, en la paz, son valores esenciales a la hora de proyectar un modelo de sociedad. El sentido profundo de la Patria, aparece en una homilía del cardenal titulado «El Alma de Chile» y que fue pronunciada en el Te Deum de 1974. Para el Cardenal la Patria no es un concepto, ni menos una categoría vacía o carente de sentido en distintos contextos socioculturales. La Patria, desde la apelación al sentimiento, hasta el desafío concreto de emprender entre todos la construcción de la misma, es el relato con el que el Cardenal propone en sus sueños un camino de vida, que para todos puede ser el proyecto vital.

Para el Cardenal, la Patria no es una simple noción o categoría socio-histórica aplicada a distintos contextos socioculturales, menos una intuición vacía de experiencia; por el contrario, para su persona el origen de la Patria está en la apelación a un sentimiento de pertenencia y en el desafío concreto de emprender la construcción de la misma en comunidad. Este relato lo comparte el Cardenal desde sus sueños como un camino de vida y proyecto vital.

El Cardenal Silva, nos inspira en su modo de mirar y comprender la cultura. La Patria, es aquello que nace al interior del tejido cultural. La Patria no se hace sola, ni fuera del mundo relacional que existe como la única forma en que los

hombres se encuentran, se reconocen y se proyectan por un futuro mejor. Tal vez sea esta una «mirada poética», tal vez sea la inspiración del Cardenal de proveerle a los hombres de Chile una clara proyección, para construir la nación, para pensar el país que queremos y necesitamos. La comunidad, el encuentro con los demás, el diálogo permanente, son condiciones por las que cada proyecto personal descubre una riqueza adicional al develarse también como parte del proyecto de otros.

El Cardenal sabe, como hombre de leyes y como hombre de Iglesia, que el encuentro y el diálogo son valores y elementos que condicionan el desarrollo de una comunidad o una sociedad. Pero no únicamente son condiciones de desarrollo, sino además para que cada proyecto social o cultural pueda sostenerse en el tiempo.

El «Alma de Chile» comprende las dimensiones humanas y espirituales del hombre y la cultura. Ambas son complementarias, cuando la patria se pone como un fin en el que todos debemos participar y por el que nacen todos nuestros sentimientos de participación. Se trata de pensar al hombre en su integralidad, porque también la cultura como la Patria debe comprenderse integralmente. Son principios que el Cardenal propone como valores supremos de la convivencia social.

Un dato muy interesante y que profundiza la noción de Patria en el Cardenal, es el discurso que pronuncia el 7 de marzo de 1986, en el Colegio Saint George, en un Seminario organizado por CIEPLAN y el Kellog Institute de la Universidad de Notre Dame. Otro dato relevante es que, en esta oportu-

El Cardenal insistirá siempre que la **dignidad humana**, de cada hombre y de cada mujer, es una tarea que se construye cada día. La vida justa, el desarrollo de cada persona en su cultura, es un compromiso concreto con el enorme valor de la dignidad. Una Patria es tal si reconoce, en las palabras y en los hechos, la dignidad de todas las personas que allí residen, respetando sus derechos:

Quiero que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar y a amarse entrañablemente.

La **solidaridad** es otro eje de sus mensajes. No se trata solo de colaborarnos y ayudarnos en lo urgente o emergente. Se trata de establecer, construir y convivir en una cultura solidaria. Esto significa el reconocimiento en el día a día de los hombres que buscan el bien común y como finalidad de todos los proyectos que animan la vida de la sociedad y la cultura. El Cardenal no vacila en proponer una cultura solidaria, en la que los que tienen más deben dar más, para los débiles, para los pobres, para los que se ven excluidos de todo proyecto de sociedad. La solidaridad es el principio que une en la diversidad y genera la responsabilidad por los demás, virtud por la que todo egoísmo desaparece para crear la comunión entre los ciudadanos que conforman la Patria:

EL SUEÑO DE CHILE

El Sueño de Chile de don Raúl es la expresión más grande del amor por su gente, su patria, por la Iglesia y por el Señor. Aquí se plasman cuatro ideas importantes, que están en la base de toda convivencia de un país que quiere caminar en la libertad y en la justicia, en la paz y el progreso: 1) **La persona**, reconocida en su dignidad y unicidad es parte esencial del cuerpo social 2) **La solidaridad**, que establece una relación de reciprocidad entre las personas, las sociedades y los pueblos 3) **El amor**, que expresa la vocación más alta del hombre, pues por amor está llamado a vivir con los demás, superando todos los egoísmo. 4) **La fraternidad**, que invita a reconocerse en la común filiación en un Padre Común y por lo tanto con un destino final convergente y no divergente.

Estas cuatro ideas del Cardenal las encontramos plasmadas en el texto *El sueño de Chile*.

El Cardenal se refiere al respeto al hombre y a la mujer en su condición de criaturas de Dios. Su mirada es una exigencia de respeto a esa dignidad:

Me preguntan por el país que sueño o que deseo. Y debo decir que mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados. El ser humano es lo más hermoso que Dios ha hecho. El ser humano es «imagen y semejanza» de la belleza y de la bondad de Dios. Quiero que en mi patria desde que un ser humano es concebido en el vientre de una mujer, hasta que llega a la ancianidad sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto.

Por estas razones, Don Bosco es conocido también por sus sueños que acompañaron el desarrollo de sus proyectos y provocaron entusiasmo en todos sus seguidores. Conocido es aquel sueño que predice la llegada de los salesianos a la Patagonia y desde ella la consolidación de todo el proyecto educativo. En Chile pudieron emprenderse muchos sueños más. Quien crece al lado de Don Bosco, se decía, no solo aprende a trabajar, sino también a soñar. Y entre el trabajo y el sueño, todo se veía posible.

Don Raúl, como le decían muy familiarmente, también aprendió a soñar. Y cuando ya estaba en el camino del atardecer de su vida, en el año 1991, deja estampado como parte de su Legado el que él mismo llama: «Mi Sueño de Chile».

En este sueño don Raúl complementa y forja de una manera más explícita «El Alma de Chile». El «Alma de Chile» y «Mi Sueño de Chile» son dos dimensiones que fortalecen el modo de mirar y sobre todo de soñar un país. No solo se trata de soñarlo, sino también de construirlo. Es el alma de Chile en el Cardenal: la comunión de los hombres por ver los sueños hechos realidad. Así, la justicia, la libertad, la fraternidad de un pueblo se disponen como un proyecto profundamente espiritual, porque es profundamente humano.

Para don Raúl, el hombre que ama, también se inspira en el Evangelio, que se descubre en la vida de Jesús, el hombre que ama y que por amor es capaz de dar la vida por los demás. De este modo, el Reino que anuncia en sus parábolas es tan nuestro, tan cotidiano, que se construye en el día a día, de aquí y ahora.

Cardenal a profundizar más sobre la vocación salesiana. Así, conoció a Don Bosco, del que más tarde dirá: «Don Bosco me ha conquistado: un hombre moderno, amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres».

El Cardenal Silva reconoció en Don Bosco un hombre con una sensibilidad muy profunda para comprender los conflictos sociales de mediados del siglo XIX. Ellos finalmente conducían a la pobreza y, muy ferozmente, a la vulneración de niños y jóvenes que por ganar el pan diario debían abandonar sus hogares, sus tierras y, lo más terrible, su educación. Siendo en la época una cuestión que se veía con cierta naturalidad, para Don Bosco este fue un tema prioritario para fundar la Congregación Salesiana. La sensibilidad con que miraba a los niños y jóvenes abandonados de la Italia del 1800, fue el motivo para descubrir que en ellos estaba la voz de Dios que clama por la vida.

La vocación de Don Bosco fue laboriosa. El mismo Cardenal reconoce en él a un hombre incansable, muy pragmático para atender y resolver los problemas que cada día se le presentaban. Todo su empeño estaba en formar a los jóvenes como buenos cristianos y honestos ciudadanos. La claridad de su misión, le dio la fuerza y claridad en el trabajo, en lo que había que hacer para cuidar la vida de esos muchachos.

La vida de Don Bosco, su amor a Dios y al hombre; su amor a una patria para todos, fueron los valores por los que el Cardenal, no solo se descubre conquistado por Don Bosco, sino que hace propia esta convicción. El amor a Dios lo impulsaba a construir en justicia y fraternidad a quienes resultaban ser los olvidados de una patria: los niños y jóvenes más pobres.

Para profundizar en este tema, se sugiere la lectura del texto completo: «*El Alma de Chile* (ediciones CIEPLAN 1986) y *El Alma de Chile Un Proyecto de Futuro en el Cambio Cultural* (Ediciones UCSH y Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez, 2004).

RAÚL SILVA HENRÍQUEZ, UN HIJO DE DON BOSCO.

Juan Bosco Occhiena, fue un sacerdote italiano que, a mediados del siglo XIX y en medio de múltiples conflictos sociales, decidió dedicar su vida a salvar a los jóvenes más pobres y abandonados. Su vocación se ve prefigurada en un sueño. En este, se le aparece la Virgen María en medio de muchos niños y jóvenes que, víctimas de las circunstancias, se maltrataban y veían sus vidas expuestas al abandono. Don Bosco en el sueño se enojaba con ellos, quería sacarlos a la fuerza de esa contingencia bárbara; sin embargo, María le dice: «Con amor Juan, con amor». Así, en el sueño, Juan Bosco vio cómo los niños de ser lobos se convertían en corderos. Fue un sueño que marcó la vida de Don Bosco en favor de los niños y jóvenes más pobres de la Italia del 1800. Fue el amor que le permitió dedicar su vida en esa misión y por la que el Papa Juan Pablo II lo declara «Padre y Maestro de la Juventud». San Juan Bosco es el inspirador de la vida del Cardenal, quien también supo proyectar su vida y su misión desde su Sueño para Chile.

El Cardenal Silva, mientras cursaba la carrera de Derecho en la Pontificia Universidad Católica de Chile, conoce a los Salesianos. Fue la buena recepción y el modo de acompañar de los sacerdotes en el discernimiento vocacional lo que llevó al

nidad, el Cardenal les habla a los jóvenes. En ellos deposita la confianza de los valores que deben animar la vida de los hombres para construir un Chile más justo y fraterno.

La Patria no se inventa ni trasplanta porque es fundamentalmente alma; alma colectiva de un pueblo, consenso y comunión de espíritus que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos.

De lo anterior, podemos comprender que el desafío de construir una patria justa y fraterna, se consolida en la práctica de tres principios básicos:

El primado de la Fe sobre toda forma de idolatría; Fe en el hombre, en su capacidad de comprender y asumir la vida de los demás como la propia. Fe en Dios, que se manifiesta en Jesucristo, como modelo de fraternidad, compañía y perseverancia en el camino de la paz, la justicia y libertad.

El Primado de la Libertad sobre toda forma de opresión. El Cardenal, no duda en comprometer su discurso por la libertad. Ninguna ideología, religión o camino político pueden obviar la libertad humana de cada hombre. Pues es en ella donde se cristaliza lo más íntimo de cada uno en razón de un proyecto que lo compromete para la vida.

El Primado del Orden Jurídico sobre toda forma de arbitrariedad. Como hombre de leyes, el Cardenal sabe que el Estado de Derecho debe ser siempre respetado. Las leyes son el corazón por la que un pueblo se rige, se comprende y se encuentra.

Quiero un país donde reine la solidaridad. Muchas veces, ante las distintas catástrofes que el país ha debido enfrentar, se ha demostrado la generosidad y la nobleza de nuestro pueblo. No es necesario que los terremotos solamente vengan a unir a los chilenos. Creo que quienes poseen más riquezas deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen. Creo que los más fuertes no pueden desentenderse de los más débiles. Y que los más sabios deben responsabilizarse de los que permanecen en la ignorancia. La solidaridad es un imperativo urgente para nosotros. Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.

Para el Cardenal, el **Amor** es una cuestión fundamental. La más fundamental de todas, pues, desde el amor, la responsabilidad con el otro, la solidaridad, la justicia se vuelven un llamado y exigencia permanente de trabajo, de encuentro y comunión, por la que nos comprometemos en una vida entusiasmante. No se trata solo de logros económicos o de grandes empresas que levantar. Se trata de lo que cada uno puede hacer en favor de los que menos tienen. Se trata, además, de construir una sabiduría particular por la que, sea en la diferencia religiosa, política o ideológica, el valor del hombre, su dignidad sea respetada siempre, como un desafío permanente.

Para el Cardenal los jóvenes son el centro de este mensaje. Ve en ellos la posibilidad de un real compromiso de construcción de una civilización del amor.

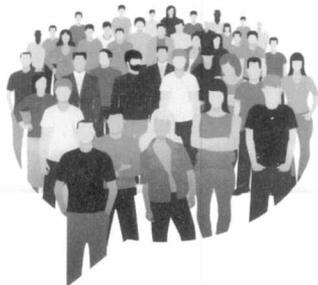
Quiero un país donde se pueda vivir el amor. ¡Esto es fundamental! Nada sacamos con mejorar los índices

económicos o con levantar grandes industrias y edificios, si no crecemos en nuestra capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonarían esa falta. Pido y ruego que se escuche a los jóvenes y se les responda como ellos se merecen. La juventud es nuestra fuerza más hermosa. Ellos tienen el derecho a ser amados. Y tienen la responsabilidad de aprender a amar de un modo limpio y abierto. Pido y ruego que la sociedad entera ponga su atención en los jóvenes, pero de un modo especial, eso se lo pido y ruego a las familias ¡No abandonen a los jóvenes! ¡Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstrenles con sus testimonios un estilo de vivir entusiasmante!

La experiencia de la fe, esa experiencia íntima de estar en diálogo permanente con Dios, el Dios de Jesucristo, es la plenitud del amor que cada hombre engendra entre otros hombres. Es en esta experiencia por la que cada hombre regocijado en el amor de Dios, descubre el profundo sentido de construir con otros una comunidad fraterna.

Y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo pueda decir: que vuelva su mirada hacia el Señor. Un **país fraterno** sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios. He dedicado mi vida a esa tarea: que los hombres y mujeres de mi tierra conozcan al Dios vivo y verdadero, que se dejen amar por Él y que lo amen con todo el corazón.

Quiero que mi patria escuche la Buena Noticia del Evangelio de Jesucristo, que tanto consuelo y esperanza trae para todos. Este es mi sueño para Chile y creo que, con la ayuda de María, ese sueño es posible convertirlo en realidad.

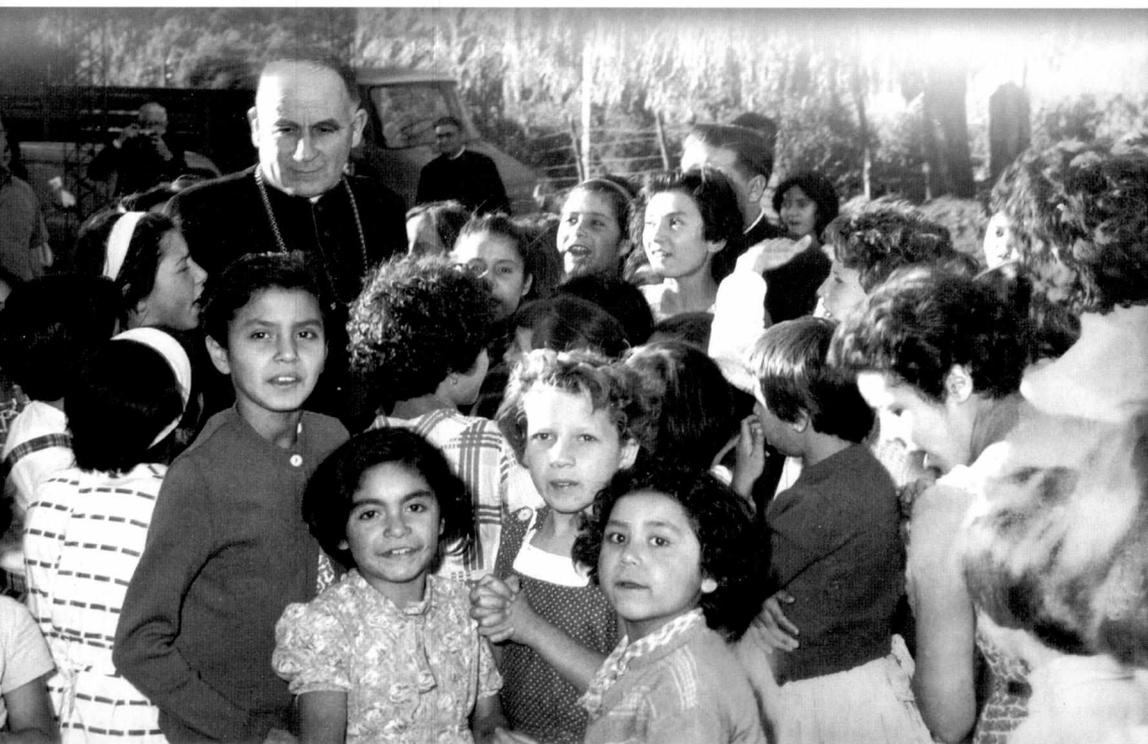


CAPÍTULO II

Los honestos ciudadanos y los buenos cristianos.

Quando se indaga «el porqué de las cosas» con totalidad en la búsqueda de la respuesta última y más exhaustiva, entonces la razón humana toca su culmen y se abre a la religiosidad. En efecto, la religiosidad representa la expresión más elevada de la persona humana, porque es el culmen de su naturaleza racional. Brota de la aspiración profunda del hombre a la verdad y está a la base de la búsqueda libre y personal que el hombre realiza sobre lo divino.

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, N.,15



EL MÉTODO PREVENTIVO DE LA EDUCACIÓN DE DON BOSCO

Entrevista*

En la mitad del Siglo XIX, en pleno desarrollo de la sociedad industrial y moderna, el fundador de los Salesianos, San Juan Bosco, comprende que las nuevas sociedades que nacen deben formar personas con grandes valores sociales y con un alma profundamente cristiana.

En una conversación con el responsable de la Pastoral Juvenil Salesiana de Chile, el P. Claudio Cartes, hemos tratado de comprender los fundamentos de esta experiencia y su actualidad hoy en día.

PREGUNTA: San Juan Bosco, apoyándose en su experiencia con los jóvenes, elaboró un sistema educativo. ¿Cómo se llega a esto?

RESPUESTA: *Efectivamente, se trata de un sistema educativo, pedagógico y espiritual que Don Bosco fue desarrollando, y que está siempre estrechamente vinculado a él y a los jóvenes del Oratorio de Valdocco, en el Norte de Italia, en la ciudad de Turín. Fue una expresión concreta de respuesta a los desafíos de su tiempo.*

* Estilísticamente este texto ha sido reformulado a partir de una conversación, para redactarlo en forma de entrevista. Agradezco la confianza del P. Claudio Cartes, sdb. por haber cambiado el estilo del texto.

po. Es conocido como «Sistema Preventivo», y aunque existía en otros campos sociales, se expande y modela esencialmente en tres importantes dimensiones que toda persona humana tiene presente desde que nace y se inserta en la sociedad: la razonabilidad, la religiosidad y el amor.

Actualmente, las situaciones socioeconómicas, políticas y religiosas de nuestros países en América Latina, son muy diferentes de las que se daban en Turín y en la situación de Italia en el siglo XIX; sin embargo, entre ambas épocas se puede percibir un elemento común: las situaciones de crisis. Y entonces, lo más importante es justamente comprender bien el fondo de lo que ha propuesto don Bosco en su sistema, no tanto para «repetir» aquello, sino para ser creativamente fieles al contenido y al espíritu de sus respuestas, en la cultura actual.

*Don Bosco resumía en una frase lo que anhelaba construir en la vida de los numerosos jóvenes que se acercaban a los oratorios, las escuelas, los talleres de formación que se fueron creando desde el comienzo de su Obra: **ser honrados ciudadanos y buenos cristianos**, y todo el sistema educativo, pedagógico y espiritual estaba orientado a ello, que tenía el trasfondo siempre teológico, de que Dios quería para todo joven su salvación, y en su vida el pleno desarrollo integral, en todas las dimensiones de la persona.*

PREGUNTA: ¿A qué se refieren más específicamente estos pilares de este sistema educativo: ¿la razón, la religión y el amor?

RESPUESTA: *La base se encuentra en esta tríada inseparable y que se requieren mutuamente, aunque se pueden especificar y delinear bien uno a uno. Cuando Don Bosco habla de la razón se*

refiere a la convicción de que hay que confiar en la bondad de los jóvenes; un principio racional: los jóvenes son buenos. Y esto tiene un sustento teológico. Desde otras visiones teológicas se resalta la incidencia del pecado en el hombre y no tanto la bondad de la creación. Todo joven necesita esta relación de confianza que, en una cultura altamente individualista, se hace muy difícil generar. El diálogo y la motivación, el vivir la cultura como espacio y no como objeto, son ciertamente instancias privilegiadas para favorecer el sentido de la convivencia y de la paz, que comienzan primeramente cuando hay paz en la propia persona y en la familia. En ese sentido, se trata de la razón como racionalidad que evita las formas artificiosas o engañosas de vivir y educar.

Para dirigir las acciones correctas en el campo educativo, una razón dialogante, que busca el encuentro y que por tanto se basa en la confianza.

*Sabemos que Don Bosco fue educado en casa, en un sentido religioso muy profundo, donde Dios estaba presente en todo lugar. El amor cordial y razonable se nutre de una raíz profunda, donde **los jóvenes son personas llamadas a la plenitud real de la vida, a la comunión con Dios y con el prójimo.** Por eso el mismo Don Bosco se transforma en imagen del amor que Dios les tiene a los jóvenes. La religión que promueve Don Bosco es la que reconoce que, en la Encarnación del Señor, todos estamos llamados a compartir la santidad. Una religión vivida en el Espíritu que ayuda a discernir en este tiempo y en todos los tiempos la Presencia y la voluntad de Dios. Todo joven, aun cuando se declare no creyente, no puede excluirse de tener que formar su conciencia. Hoy más que nunca, en la sociedad actual, vemos tanto desconcierto e incertidumbre que a diario los jóvenes viven. Esto*

pone en duda su seguridad, su alegría y su futuro. Todo joven, sin embargo, tiene un potencial para revertir estas situaciones; son las relaciones de confianza recíproca las que permiten pasar de la inseguridad a la seguridad; del encierro a una vida con sentido; del individualismo a la alegría del compartir los bienes materiales y espirituales. En esto, Don Bosco es padre y maestro cuando se preocupa de la formación y de la salvación del joven en su totalidad. Al interior de las comunidades, de nuestros grupos, debemos volver a descubrir y proclamar el verdadero sentido del Kerigma (del primer anuncio) como lo hacían los primeros cristianos, para los cuales la Persona de Jesús era, efectivamente, la Buena Noticia que cambia la mirada de la vida, construye certezas, abre el horizonte hacia grandes ideales, provoca encuentros verdaderos e infunde esperanza.

Finalmente, la educación es siempre una relación personal. La «amorevolezza» solía llamarla Don Bosco, que en idioma castellano podría sonar como «amabilidad», implica una relación entre el educador y el educando que significa una pedagogía muy innovadora de «estar con».

La confianza y la paciencia, que nacen del afecto mutuo, ayudan a comprender la necesaria racionalidad de la vida. Es un camino pedagógico que es justamente «preventivo», porque reduce o elimina los daños de una vida centrada en sí mismo y con conductas perjudiciales que al final se manifiestan dañinas para sí y para los demás. Ser creativamente fieles, es saber ver la originalidad de la juventud actual, que no es ni peor ni mejor que la del pasado. Los jóvenes son siempre originales y auténticos. Es sobre esta confianza que se sigue construyendo la intuición de Don Bosco en todas las latitudes, también en lugares no cristianos.

PREGUNTA: ¿De qué manera esta experiencia tan original de Don Bosco en el siglo XIX se puede hacer presente y actual en nuestra época, que se caracteriza por una crisis y tantas desconfianzas en la vida social?

RESPUESTA: *El estilo con el que Don Bosco se hizo presente entre los jóvenes de su tiempo constituye una herencia preciosa para quienes hoy se consideran los continuadores de su ideal educativo y evangelizador. La rica síntesis de contenidos, los métodos, los medios empleados para la promoción humana y la evangelización, que se basan justamente en la razón, la religión y el amor como pilares que se implican mutuamente, son siempre posibles de educar e incorporar en los procesos educativos.*

En los tiempos de Don Bosco se pasaba de una sociedad agrícola a una industrial, de una sociedad urbana a una rural, de una monárquica a una republicana. Del mismo modo, hoy vivimos un periodo de tantas crisis marcadas por importantes cambios en el plano económico, tecnológico, cultural, en los valores que cimientan los constructos sociales y las familias. Hoy hablamos de sociedades postindustriales, en tiempos de las postverdades, de la cultura líquida, de la generación selfie, donde los principios modernos que sostuvieron los cimientos de nuestra época actual hoy son insuficientes y se plantea el problema crucial, como tantas veces, de compartir puntos de referencia: algo que verdaderamente pueda colaborar a la formación de identidades culturales, políticas, religiosas. En los jóvenes siempre son más evidentes estas necesidades, principalmente hoy cuando nos relacionamos con tanta fuerza con los fenómenos migratorios.

La intuición extraordinaria de Don Bosco permanece vigente y debe estimular a buscar soluciones adecuadas a las necesidades

de nuestros tiempos, en primer lugar confiando en la juventud, no abandonando los lugares donde los jóvenes se encuentran, acompañando especialmente los tiempos en que los jóvenes van buscando alternativas para su vida, ayudando a construir o a reconstruir sentidos. También a darse significados a las experiencias que viven. Hoy en día no es sencillo encontrar personas que te ayuden a resignificar tantas experiencias de riesgo que vive un joven y, en ese sentido, un educador con el sistema preventivo puede ayudar a dar un significado profundo a estas experiencias. Por eso el sistema y los pilares que lo constituyen son válidos y vigentes en todo tiempo, aunque es siempre importante discernir cómo ponerlos en práctica para los jóvenes de hoy.

PREGUNTA: ¿Cuáles son algunas de las amenazas que afectan hoy un desarrollo integral de los jóvenes?

RESPUESTA: *Hay varias que podemos mirar rápidamente. Primero algo de lo que decíamos: el joven hoy corre muchos riesgos; además, vive una situación en la que el presente es muy importante porque el futuro es bastante incierto. Basta pensar en el fuerte aumento de los suicidios entre los adolescentes y jóvenes; los problemas de salud física y psíquica, el aumento del VIH, son solo algunos de los signos, también de la violencia que experimentan, incluso como víctimas de los sistemas establecidos, porque no podemos obviar la estructura social que se ve asentada en las culturas efectivamente como algo estructural, que no es sencillo de desmontar. Hace falta mucho convencimiento, pero, sobre todo, mucha confianza y fe, de vivir en comunión, para proponer una cultura alternativa, una cultura cristiana, porque la cultura cristiana es efectivamente una cultura alternativa, aunque hay que reconocer que no siempre se ve de este modo. A*

todo esto, un problema prioritario que se debería enfrentar con mayor audacia y decisión en América Latina, sigue siendo la educación, sin duda.

El centro de interés de la práctica tanto educativa como pastoral de Don Bosco es la persona del joven, considerado en toda su integralidad, como persona en este mundo en relación con Dios. Hacer del joven «un honrado ciudadano y un buen cristiano» es siempre vigente. No podemos olvidar, sin embargo, el contexto que mencionábamos, en la que a menudo la violencia constituye, en los hechos, la forma más natural de resolver los conflictos.

PREGUNTA: A menudo la confianza se pierde no solo entre personas sino también con las instituciones y se hace difícil recuperarla. ¿Cómo emprender el camino virtuoso de la confianza para que cada joven tenga su proyecto de vida basado en la trilogía de la Razón? ¿La Religión y el Amor?

RESPUESTA: *Aquí es donde necesitamos «volver a partir de Don Bosco» él nos enseña que sin confianza no hay educación efectiva, porque de lo contrario ésta sería carente de esperanza. Distinto es una educación eficiente, porque lo eficiente es otra cosa. Puede ser que la cultura por ejemplo te enseñe a ser eficiente. La educación basada en el Evangelio tiene que ser como la sal que da sabor a todo, o como la luz que ilumina sin ruido y sin violencia. Como esas parábolas que narra Jesús. Como la levadura en la masa; es decir que la confianza no es invasiva, no es violenta ni es forzada, es una manera de relacionarte y de creer porque confiar, es generar vínculos, por lo tanto, puede permearlo todo.*

Hoy, ciertamente que estamos viviendo un periodo caracterizado por la pérdida de la confianza (por la desconfianza), sea hacia las instituciones tradicionales, como a las mismas personas, por eso es que se requieren educadores creíbles para los jóvenes (testimonios), y también jóvenes que aprendan a confiar en ellos. Con esto se pueden gestar cambios realmente significativos desde la perspectiva educativa.

Esta era la convicción de Don Bosco: que un sistema educativo, una pedagogía y una espiritualidad cimentando el Sistema Preventivo requiere «calidad de las relaciones interpersonales», de los vínculos, y por ende en la confianza. Adultos y jóvenes, jóvenes entre sí, donde la confianza se transforma en un eje rector del proyecto pedagógico espiritual, que permita realmente asentar la confianza en Dios como Papá que cuida de los suyos. Este es el sistema básico de la propuesta de Don Bosco. Todos los conceptos de autoridad y principios se basan en ello. Lo que ocurre, además, es que a la confianza junto a otras virtudes o valores, se le ve como debilidad, es como la ternura, por ejemplo, que es vista como algo débil o de personas débiles. Esto es porque la mirada cultural es de la eficiencia, que confunde la fortaleza con aparente debilidad. En el fondo, la confianza, o la ternura, son virtudes, valores, que realmente dan a conocer la fortaleza. La fortaleza, en primer lugar, del amor de Dios que confía en nosotros pese a todo, y la fortaleza de un creyente, que, pese a todo, confía en Dios. Esto es realmente lo que generaría un cambio paradigmático en educación y en las mismas sociedades modernas.



CAPÍTULO III

La amistad cívica como base del actuar social

La sociedad civil no puede considerarse un mero apéndice o una variable de la comunidad política; al contrario, ella tiene la preeminencia, ya que es precisamente la sociedad civil la que justifica la existencia de la comunidad política.

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, N° 417





Ser ciudadano es sentirse parte y tomar parte de una comunidad política a la que se pertenece, en la que cada uno se identifica y en la que se es miembro de su autogobierno. Quien es ciudadano es, en consecuencia, miembro pleno de su sociedad. Es una persona que puede valerse por sí misma, respetando cortésmente a los demás, ejerciendo sus derechos y aceptando sus deberes públicos. La ciudadanía es reconocimiento de que todos somos miembros de pleno derecho de una comunidad. (Scherz - Mardonez, 2016, p. 5).

Esta incisiva declaración de ciudadanía (del fascículo de Educación Ciudadana editado por el Arzobispado de Santiago, nov. 2016) es un buen comienzo para comprender el concepto de «amistad cívica» que desarrollaremos en este capítulo.

Rodrigo Mardones (politólogo académico de la PUC de Chile) y el presbítero Tomás Scherz (actualmente Vicegran Canciller de la misma universidad) se han interesado en el tema, haciendo propia la preocupación del gobierno de Chile en esta materia. Ambos autores ponen un énfasis particular en los ejes esenciales que constituyen la comunidad civil.

Para que una persona sea parte activa de una comunidad civil, no es suficiente que tenga RUT o que haya alcanzado la mayoría de edad. Tampoco estar inscrito en un sindicato, pertenecer a una ONG o ser militante de un partido político o, en fin, integrar un club social. Como recuerda el Com-

pendio de la Doctrina Social de la Iglesia en el n° 390 (texto al cual nos referiremos posteriormente), ya el gran filósofo Santo Tomás de Aquino afirmaba:

El significado profundo de la convivencia civil y política no surge inmediatamente del elenco de los derechos y deberes que tiene la persona. Esta convivencia adquiere todo su significado si está basada en la amistad civil y en la fraternidad». (Pontificio Consejo Justicia y Paz, 2005, p. 271).

¿En qué consiste, entonces, la amistad civil de la cual habla ya Santo Tomás en el siglo XIII?

Esta es una visión medular para todo el acontecer social y político. Mardones se ha especializado en el concepto de «fraternidad». En un volumen titulado *Estudios recientes sobre la Fraternidad. De la enunciación como principio a la consolidación como perspectiva* (Barreneche, 2010), el autor chileno escribe un capítulo clave: «Hacia la precisión conceptual del concepto de Fraternidad». Allí coteja distintas visiones y explica que algunos autores se niegan a utilizar el término «amistad», típico de las relaciones «cara a cara», para aplicarlo en la dimensión social y política. Sería erróneo, según coinciden varios de estos autores que Mardones cita, considerarla expresión de «unanimidad», como tampoco trasladar este concepto a una manifestación de pura emoción.

La amistad política no requiere previamente de la amistad personal y ni siquiera del consenso, salvo aquello requerido para el respeto de la constitución y la consecuente concordia. (Mardones 2010).

¿Qué caracteriza entonces la amistad política? Sigamos el hilo conductor de Mardones:

La amistad política iguala a los individuos como ciudadanos, aunque ellos puedan ser desiguales en muchos otros aspectos. Podría decirse entonces que, la libertad y la inclusión política son requisitos mínimos para que surja amistad en primer lugar. (Mardones 2010, p. 44).

En un contexto de inequidad ¿qué rol juega en este caso la amistad política?

«La amistad política tiene un efecto unificador o cohesionador que se convierte en una condición necesaria para una justicia genuina, particularmente en un contexto actual donde proliferan las tendencias desintegradoras de la sociedad: tales como inequidad en el ingreso, creciente violencia, intolerancia religiosa o étnica, xenofobia, etc. (op. cit.).

En el volumen *Formación en Nuevos Liderazgos en tiempos de crisis* publicado por la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez y la UCSH, Nello Gargiulo (secretario ejecutivo de la Fundación, en el capítulo «Por una Formación en la Política inspirada en la Amistad cívica y en el principio de la Fraternidad Universal», hace referencia al tema:

Si intentamos trasladar esta dimensión de la amistad, entendida como la realización en lo social del principio de la fraternidad, vamos a tener que admitir que se trata de un principio no practicado en las sociedades modernas y contemporáneas, sobre todo a causa del influjo ejercido por las ideologías individualistas y colectivistas. (Gargiulo 2013, p. 109).

Frente a este tema, a menudo, los estudiantes plantean la siguiente inquietud: ¿Cómo será posible pensar la política cuando ésta se fundamenta esencialmente en ideologías que de uno u otro modo terminan, en definitiva, socavando la verdadera dignidad de la persona?

Intentaremos, entonces, ofrecer algunos elementos de reflexión a partir de los conocidos vínculos que Aristóteles manifiesta entre la política y el bien común. El filósofo, como es sabido, introduce el término de «amistad cívica» para referirse a la preocupación entre conciudadanos que deseaban actuar en la 'polis', que en aquella época significaba el gobierno de la ciudad. Mardones, sobre el tema, así se expresa:

La fraternidad política se funda sobre un consenso político que incluye dos componentes esenciales. Primero, la existencia de unos procedimientos democráticos legitimados de participación, representación y toma de decisiones políticas, los cuales también tienen reconocimiento constitucional y que en general favorecen la inclusión política. Segundo, la existencia de una función de empatía, preocupación o solidaridad entre ciudadanos, actitud que se expresa en el reconocimiento constitucional des derechos sociales y en mayores grados de equidad social. (Mardones, 2010, p. 57).

El valor de la empatía y reconocimiento mutuo asienta los pilares del compromiso social y ciudadano. Sin embargo, cuando la política está muy relacionada con el poder surge espontáneamente una serie de preguntas como: ¿es posible seguir hablando de Amistad Cívica? ¿Cuál es el auténtico rol de la gobernanza política? ¿Es realmente una función de liderazgo

para alcanzar el bien común, como decía Aristóteles?

Al respecto, Mardones cita a Alberto Lopresti, un politólogo italiano, el cual afirma:

Muchas veces se da a la política solo una valencia negativa, en cuanto generadora de conflictos y con eso es muy fácil caer en un pesimismo o en la antipolítica. La política, según Lopresti, es «fuente de cooperación» y se conecta con una realidad actual que son las redes sociales. (Mardones 2010, p. 41).

Y también Lopresti considera que:

Siempre la política no existe antes de establecerse una relación, sino que es un tejido conectivo (red) en el que se expresan las relaciones sociales y se integran en un espacio público los objetivos de los miembros de la comunidad; de modo que el uso del poder en sentido anti social, como proyecto de dominación, por ejemplo, para asegurar privilegios, para fomentar el conflicto o para oprimir a la sociedad, es una situación patológica que degrada el orden social. (op.cit).

Este concepto de red, estudiado por Mardones, modifica la dinámica del actuar político, invitando a pensar con las categorías modernas de las redes que, por basarse en vínculos, requieren más que nunca de verdaderas y constantes relaciones de confianza.

Leamos ahora esta afirmación de la italiana Daniella Ropelato, citada por el politólogo chileno, siempre en la mencionada publicación:

En la formulación del poder político como red está el elemento esencial de la gobernanza, distinto de la concepción tradicional de poder como un juego de suma cero. (Mardones 2010, p. 42).

Para enriquecer el actuar político, una gobernanza en la diversidad será posible y eficaz si pone el bien común en el centro de su interés y de toda su acción. De lo contrario, se alimentan las controversias y los diálogos terminan siendo poco productivos.

La vocación del político es el bien de todos y cada uno de los ciudadanos que lo han elegido como representante. Entre el elegido (sea parlamentario, alcalde, concejal, etc.) y los electores hay dos lazos que deben perdurar durante todo el tiempo de su legislación: la confianza y la comunicación. Es notable que el término «confianza» se aplique en vasta escala. Hoy la confianza está en la base también de la cohesión social. Así Mardones retoma este concepto y lo relación con la concordia aristotélica:

...si en la sociología el término compartido para aludir a la concordia aristotélica ha sido el de cohesión social, en la ciencia política, la economía y la psicología, ese lugar lo ha ocupado el concepto de confianza; aunque tampoco en este caso existe un entendimiento común sobre qué es confianza. En efecto, se la considera alternativamente como una predisposición de la naturaleza humana, como una actitud afectiva o emocional, como una relación de intercambio, o decisión estratégica, o finalmente como un tipo de activo o capital social. (Mardones 2010, p. 45).

La diversidad llega a ser una riqueza de capital social cuando se integra en elementos comunes de confianza. Puede haber muchas diferencias entre los grupos, pensamientos, partidos políticos y, sin embargo, la cohesión será mucho más fuerte si los valores comunes cruzan las diferentes miradas y los programas de cada grupo o partido.

Y para esto, sostiene siempre Mardones, debemos tener claro que no existe un solo tipo de confianza y que no puede ser en una única dirección:

La amistad política o fraternidad tiene función de amalgama social. Se funda sobre una actitud de empatía entre conciudadanos o confianza generalizada. (Mardones, 2010, p. 56).

Preguntémonos entonces, a los fines de una efectiva amistad cívica, ¿qué función tiene la confianza y cuáles son los requerimientos para alimentarla y recuperarla cuando esta se afloja o se rompe?

La palabra «confianza» aparece frecuentemente en nuestro lenguaje. Es un término usado a diario, porque todos queremos dar confianza y tener la confianza del otro. Esto vale cuando hablamos de nosotros hacia los demás y viceversa. La confianza exige reciprocidad para que sea perdurable en el tiempo. La verdadera confianza tiene algunos requisitos para que crezca entre las partes que pueden ser personas, grupos sociales intermedios, instituciones públicas, gobierno, etc.

El compromiso constante, la transparencia y la audacia de saber darnos cuenta cuando hay situaciones que pueden romper los equilibrios, son elementos que pertenecen al círculo

virtuoso y que la consolidan. Frecuentemente las relaciones de confianza también están sometidas a errores y momentos de tensiones, que muy a menudo la debilitan o sencillamente la destruyen. Aquí vale la pena mencionar que existe un elemento importante, que nos cuesta aplicar, que es la corrección. Cuando la confianza se resquebraja, se requiere reconocer los errores propios o aceptar y comprender las faltas del otro. Esto vale a nivel personal como también a nivel institucional. Es sobre la base de la construcción de las confianzas, que se vislumbra la perspectiva del concepto de fraternidad en política. Mardones así lo expresa:

La fraternidad es el cemento o amalgama de una comunidad política -local, nacional y/o global- que se observa como confianza generalizada.

Podríamos concluir afirmando entonces que solo la confianza generalizada gesta la fraternidad en una sociedad. Y esto es un desafío y un proceso, para construir paso a paso y día a día, como en el telar el cruce de los hilos genera el producto final, un buen chaleco, que será útil para repararse del frío, bonito y agradable a la vista y además entregue personalidad y estilo a quién lo endosa.

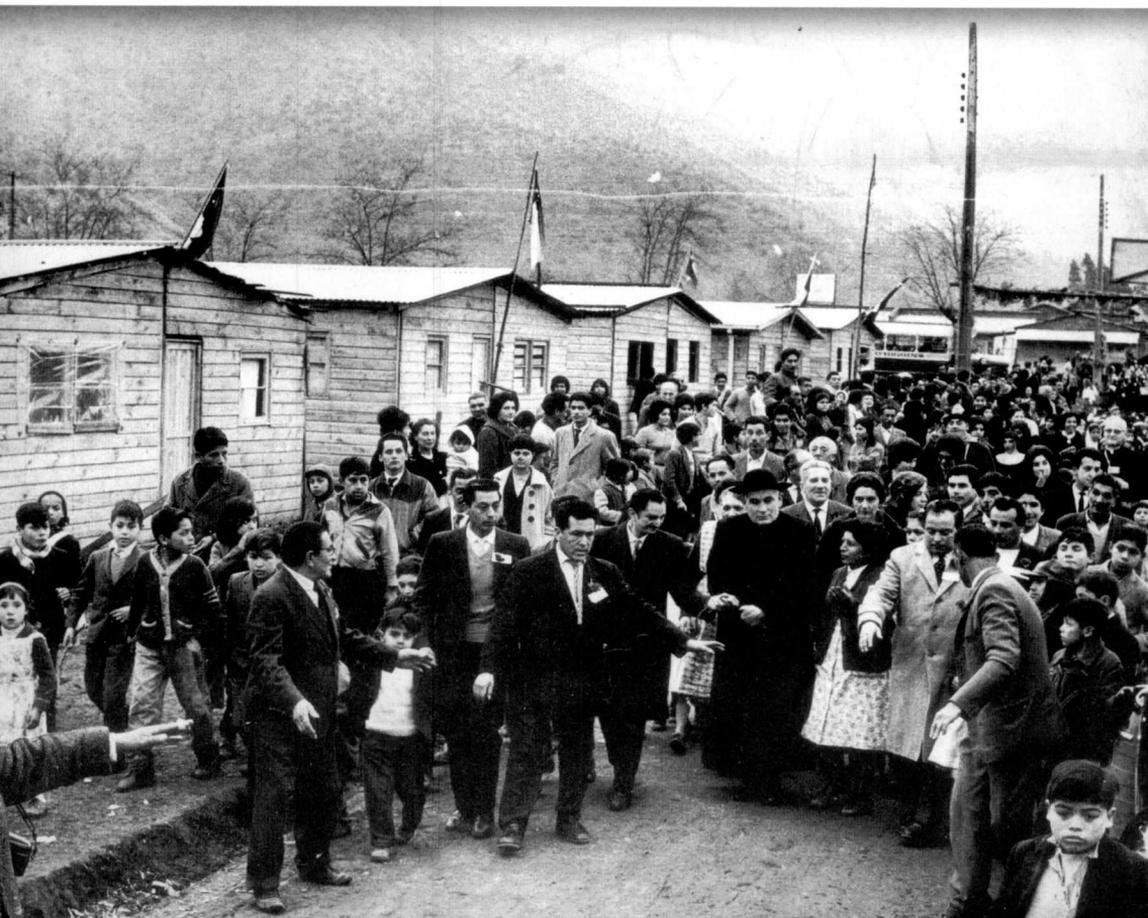


CAPÍTULO IV

La amistad cívica y la solidaridad

Una comunidad está sólidamente fundada cuando tiende a la promoción integral de la persona y del bien común: en este caso, el derecho se define, se respeta y se vive también según las modalidades de la solidaridad y la dedicación al prójimo.

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, N° 391





El término «solidaridad» viene del latino «solidum», es decir, algo en lo cual nos podemos apoyar. Es un principio comprensible por diferentes culturas, porque toda persona humana necesita contar con puntos de referencia que sean sólidos y siempre necesita alguien con el cual compartir. Nadie puede vivir y ser feliz solo. Todos hemos experimentado gestos de solidaridad, ya sea cuando nos hemos dirigido a los demás, sea cuando los recibimos.

La dimensión de la solidaridad pertenece a la esfera de las personas humanas y no de los individuos, justamente porque la solidaridad es el principio por el cual se puede superar el individualismo y convertir situaciones viciosas en virtuosas.

Los obispos de Chile abordan este tema en una importante carta de la Conferencia Episcopal titulada «Humanizar y compartir con equidad el desarrollo de Chile», de septiembre de 2012. Con su palabra y reflexión, analizan la realidad chilena e invitan a compartir el desarrollo económico que Chile como país ha sido capaz de generar en las últimas décadas:

Poco a poco hemos ido confundiendo el concepto de persona con el concepto de individuo. El individuo es un ser separado de los demás. Por el contrario, la persona es un ser que vive en relación con los otros. Dios y nosotros, que somos su imagen, somos personas porque vivimos en relación. Vivimos y existimos porque nos

aman y porque amamos. El confundir el profundo concepto de persona con lo que es el individuo ha creado una sociedad de individuos, donde cada uno compete, busca su éxito y se aísla. Es una cultura que rompe solidaridades y crea soledad. Vivimos masificados, pero en una soledad creciente y brutal. La masa es un agregado de individuos mientras la comunidad es un conjunto de personas que, conservando su individualidad, se dan unos a otros. Con un individualismo donde cada uno tiene que triunfar a codazos, se despedaza la esencia social del ser humano.

Esta clara diferenciación entre el concepto de «masa» y «comunidad», nos permite afrontar el tema de los derechos humanos como base de la convivencia social. Todo proceso educativo tiene una gran responsabilidad de formar en los educandos la conciencia de que a cada derecho también corresponde un deber. En este sentido, el documento va más allá del concepto de «solidaridad» cuando une a este valor el de la fraternidad para confirmar que las personas humanas somos, por esencia, sociales y no individualistas:

Si hay algo que pertenece al núcleo de nuestra fe es la fraternidad, la solidaridad. Somos por esencia sociales y no individualistas, y eso tiene muchas consecuencias, sobre todo en la educación. Un elemento fundamental de la educación de calidad es enseñar a vivir con los otros y para los otros. Se suele hablar hoy de los derechos, pero se omite enseñar también los deberes de la persona. En muchos colegios se hacen públicos los derechos de los niños, y es bueno que se haga, pero le falta el

complemento de los deberes que nos hacen cuidadosos y respetuosos de los otros. (op. cit.).

El concepto de «solidaridad» ha sido largamente estudiado desde la Enseñanza Social de la Iglesia. La dimensión social de la persona y por ende su interdependencia con los otros y entre los pueblos, son fundamentos básicos de la visión cristiana de la persona humana, en este sentido se desprende del mensaje de Jesucristo en los textos del Evangelio. La Doctrina Social de la Iglesia, sintetizada en el Compendio (tarea encomendada por Juan Pablo II al Pontificio Consejo «Justicia y Paz» y publicado en el año 2004), así se refiere en su n° 192:

La solidaridad confiere particular relieve a la intrínseca sociabilidad de la persona humana, a la igualdad de todos en dignidad y derechos, al camino común de los hombres y de los pueblos hacia una unidad cada vez más convencida. Nunca como hoy ha existido una conciencia tan difundida del vínculo de interdependencia entre los hombres y entre los pueblos, que se manifiesta a todos los niveles. La vertiginosa multiplicación de las vías y de los medios de comunicación «en tiempo real», como las telecomunicaciones, los extraordinarios progresos de la informática, el aumento de los intercambios comerciales y de las informaciones son testimonio de que por primera vez desde el inicio de la historia de la humanidad ahora es posible, al menos técnicamente, establecer relaciones aun entre personas lejanas o desconocidas.

Son temas de actualidad, que deben ser estudiados y aplicados a los contextos sociales locales e internacionales. El principio

de solidaridad debe hacerse vida en la realidad social de cada momento histórico. Así continúa este punto del Compendio:

Junto al fenómeno de la interdependencia y de su constante dilatación, persisten, por otra parte, en todo el mundo, fortísimas desigualdades entre países desarrollados y países en vías de desarrollo, alimentadas también por diversas formas de explotación, de opresión y de corrupción, que influyen negativamente en la vida interna e internacional de muchos Estados. El proceso de aceleración de la interdependencia entre las personas y los pueblos debe estar acompañado por un crecimiento en el plano ético-social igualmente intenso, para así evitar las nefastas consecuencias de una situación de injusticia de dimensiones planetarias, con repercusiones negativas incluso en los mismos países actualmente más favorecidos. (op. cit. 142)

¿Cómo nos interpela el concepto de «solidaridad» frente a la realidad de la nueva inmigración? También en Chile ha habido un aumento notable de migrantes que dejan su tierra por supervivencia, búsqueda de una posibilidad de superar la pobreza, de salvaguardar su familia y desarrollo futuro. En este contexto, el principio de solidaridad adquiere suma actualidad y urgencia. Leamos el número 193 del Compendio:

Las nuevas relaciones de interdependencia entre hombres y pueblos, que son, de hecho, formas de solidaridad, deben transformarse en relaciones que tiendan hacia una verdadera y propia solidaridad ético-social, que es la exigencia moral ínsita en todas las relaciones humanas. La solidaridad se presenta, por tanto, bajo

dos aspectos complementarios: como principio social y como virtud moral. (op. cit., p. 143)

Frente a situaciones sociales de injusticia, de estructuras que alimentan y generan siempre más pobreza y desigualdad, (este es uno de los ejemplos a los cuales se refiere la Doctrina Social de la Iglesia cuando habla de «estructuras de pecado»), el pensar en el otro y sus necesidades, hace de quien practica este principio un constructor de justicia.

Justicia y solidaridad son dos pilares cuya relación mutua no siempre es comprensible. Leamos el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, también en el n° 193:

La solidaridad debe captarse, ante todo, en su valor de principio social ordenador de las instituciones, según el cual las «estructuras de pecado», que dominan las relaciones entre las personas y los pueblos, deben ser superadas y transformadas en estructuras de solidaridad, mediante la creación o la oportuna modificación de leyes, reglas de mercado, ordenamientos. (op. cit., p. 143)

Pero la solidaridad no puede ser la base de un nuevo ordenamiento social si no la descubrimos antes como «virtud moral» que humaniza nuestro actuar y el de la sociedad. El Compendio se expresa así con respecto a este punto:

La solidaridad es también una verdadera y propia virtud moral, no «un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de

todos». La solidaridad se eleva al rango de virtud social fundamental, ya que se coloca en la dimensión de la justicia, virtud orientada por excelencia al bien común, y en «la entrega por el bien del prójimo, que está dispuesto a «perderse», en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a «servirlo» en lugar de oprimirlo para el propio provecho». (op. cit., p. 143)

En un mundo globalizado como el actual, en el cual conocemos al minuto los problemas del país y de la humanidad, ya no basta aplicar el principio de solidaridad en nuestro entorno, es necesario proyectarlo al contexto mundial. Los intereses personales, partidarios o incluso de la propia nación nos pueden hacer olvidar las necesidades de los otros.

Frente a una de las catástrofes humanitarias más grandes de estos últimos años, la tragedia en el Mediterráneo cerca de Lampedusa, el Papa Francisco desarrolla un nuevo concepto: «la globalización de la indiferencia». La barca que podía auxiliar a miles de naufragos los deja morir en el mar, resguardándose en leyes que prohíben auxiliar a migrantes. Leamos una parte de la homilía publicada por el Vaticano (julio, 2013):

...¿Quién es el responsable de la sangre de estos hermanos y hermanas? ¡Ninguno! Todos respondemos igual: no he sido yo, yo no tengo nada que ver, serán otros, ciertamente yo no. Pero Dios nos pregunta a cada uno de nosotros: «¿Dónde está la sangre de tu hermano cuyo grito llega hasta mí?». Hoy nadie en el mundo se siente responsable de esto; hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraterna; hemos caído en la actitud hipócrita del sacerdote y del servidor del altar, de los que ha-

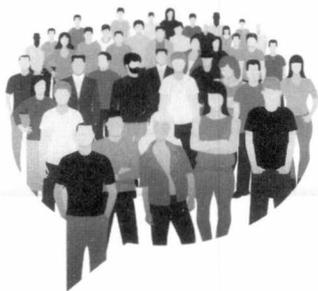
blaba Jesús en la parábola del Buen Samaritano: vemos al hermano medio muerto al borde del camino, quizás pensamos «pobrecito», y seguimos nuestro camino, no nos compete; y con eso nos quedamos tranquilos, nos sentimos en paz.

Francisco no se refiere a una cuestión sentimental, sino a un compromiso real con los pueblos que hoy claman solidaridad. La globalización de la indiferencia se supera con acciones concretas y a esto llama también a los jefes políticos, como lo expresa en este discurso del 16 de mayo de 2013, dirigido a los nuevos embajadores ante la Santa Sede, de Kirguistán, Antigua y Barbuda, el Gran Ducado de Luxemburgo y Botswana:

Queridos Embajadores, sería conveniente realizar una reforma financiera que fuera ética y, a su vez que comportara una reforma económica saludable para todos. Sin embargo, esto requeriría un cambio audaz de actitud de los dirigentes políticos. Les exhorto a que afronten este reto, con determinación y visión de futuro (...) ¡El dinero debe servir y no gobernar! El Papa ama a todos, ricos y pobres; pero el Papa tiene la obligación, en nombre de Cristo, de recordar que los ricos deben ayudar a los pobres, respetarlos, promoverlos. El Papa insta a la solidaridad desinteresada y a un retorno de la ética en favor del hombre en la realidad económica y financiera. (...) El bien común no debe ser una simple suma, un simple esquema conceptual, de calidad inferior, añadido a la agenda política. La Iglesia anima a los gobernantes a estar verdaderamente al servicio del bien común de sus

pueblos. Exhorta a los dirigentes de las realidades financieras a tomar en consideración la ética y la solidaridad. (Papa Francisco, 2013).

La amistad cívica requiere apoyarse también sobre el pilar de la solidaridad, justamente en una mirada que entienda este principio como virtud moral, que rompa con los individualismos y abra los caminos de cohesión y de amalgama social entre personas y grupos sociales, en un plan a dimensión planetaria de un mayor entendimiento entre pueblos y naciones con culturas diferentes y con niveles de desarrollo que también son diferentes. Los pueblos ricos deben ayudar a los pueblos pobres, así lo afirmaba el recordado Paolo VI en la *Populorum Progresio* en el año 1967, cuando interpreta los primeros síntomas del fenómeno de la globalización y estimula a los pueblos ricos a destinar el 1% de su PIB a proyectos de cooperación. Una iglesia que en su esencia es Comunión de bienes espirituales no puede mirar desde afuera los acontecimientos de la época moderna.



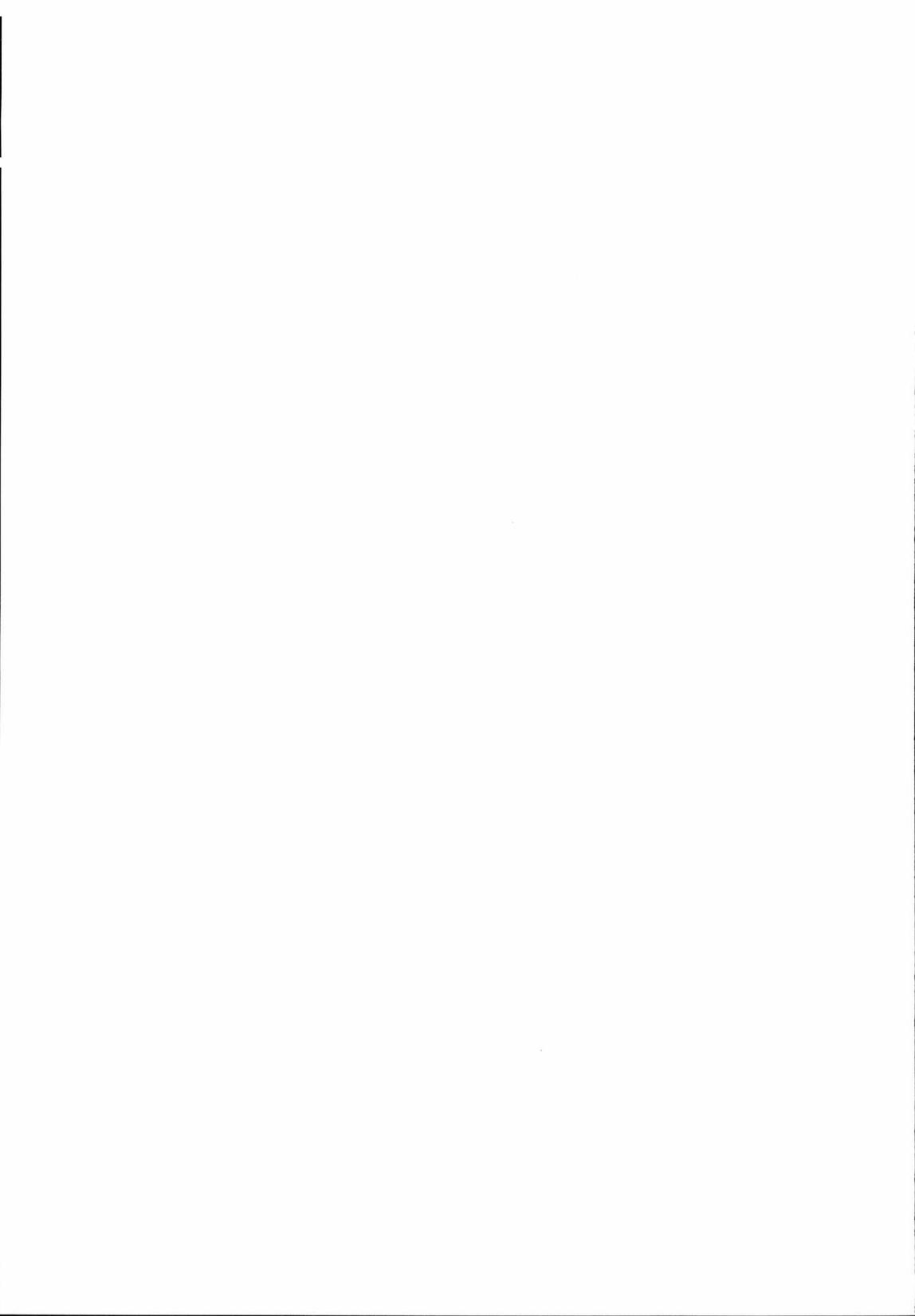
CAPÍTULO V

La amistad cívica y la fraternidad - la reciprocidad

La amistad cívica es la actuación más auténtica del principio de fraternidad, que es inseparable de los de libertad y de igualdad. Se trata de un principio que se ha quedado en gran parte sin practicar en las sociedades políticas modernas y contemporáneas, sobre todo a causa del influjo ejercido por las ideologías individualistas y colectivistas.

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, N° 390.





La solidaridad es el principio que abre el camino para reducir los efectos de las desigualdades que se producen en nuestras sociedades. Dar al otro es siempre una práctica que nos acerca a nuestros semejantes y hace crecer los lazos de amistad. Sin embargo, muchas veces se verifican circunstancias en las cuales el ser solidario es motivado solo por intereses personales, donde los gestos o las manifestaciones de solidaridad no ponen en el centro de las acciones las aspiraciones y los deseos del otro. El bien del otro lo podemos confundir con la búsqueda de nuestros propios intereses.

En este sentido, es interesante preguntarse:

¿Existe un principio motor que pueda guiar las acciones tanto personales como colectivas hacia la esencia social del ser humano y en la perspectiva de acercarse al plan del Dios Creador?

La Revolución francesa, para superar una época de la historia que se identificaba con la expresión el *ancien régime* (el antiguo régimen), proclamó tres principios:

LA LIBERTAD, LA IGUALDAD Y LA FRATERNIDAD

A lo largo de estos últimos dos siglos y más desde su proclamación, hay un amplio consenso que, de los tres principios,

el que más dificultad de aplicación ha encontrado es el tercero: la fraternidad. Sobre este pondremos nuestra atención.

Para el mundo judeo-cristiano este principio tiene un sustento teológico, justamente porque se reconoce a Dios como el Padre común. La paternidad de Dios implica, de hecho, una interesante consecuencia: la Fe común en el Dios de la vida nos abre a reconocer al prójimo que está a lado nuestro, cualquiera sea, como alguien semejante en un mismo origen y un destino común. Desde allí es posible entablar, con más facilidad, una relación de hermandad-fraternidad entre las personas.

Ya en el Antiguo Testamento, se afirmaba que eran dos los mandamientos fundamentales: amar a Dios y amar al prójimo. También Jesucristo retoma este concepto y anuncia con claridad que su mensaje se basa sobre esos mandamientos esenciales, en dos direcciones: la vertical, reconociendo la Paternidad de Dios y respondiendo con nuestra adhesión de voluntad y de corazón, y la horizontal, que hace efectivo este amor hacia nuestros semejantes que, en la cultura cristiana, denominamos nuestro prójimo=próximo.

Es muy interesante cuando los judíos preguntan a Jesús si ha venido para eliminar la ley y la tradición judaica. Él afirma que, más bien, su mensaje va en la línea de llevarla a plenitud. Efectivamente, de una lectura detenida de los Evangelios se capta esta novedad del maestro-Jesús cuando se refiere al mandamiento que llama «nuevo». Jesús agrega una nueva condición a la dimensión del amor: la «reciprocidad». Él no solo dice: «amen a los demás», sino «ámense». En esta expresión se hace evidente el significado que asume la «recipro-

cidad» en las relaciones humanas. Esto claramente implica tener conciencia de que no soy solo yo el que va hacia ti, sino también tú hacia mí. Hay un recorrido de ida y vuelta. El amor no es un camino en sentido único.

Jesús pone a este amor también una medida: «como Yo los he amado». En la palabra «como» está el testimonio de Su entrega: un Amor que se completa con la misericordia. En la cruz, Jesús alcanza la más alta expresión de una entrega sin límites. Él no era un pecador, pero es acusado como tal por los judíos y termina, aun siendo inocente, experimentando la muerte que le tocaba a los hombres malhechores de la época.

Jesucristo va más allá de las buenas ideas y los buenos propósitos. Y para cumplir a la cabalidad su misión, que era la de volver a acercar la humanidad a Dios, no descarta pasar por el camino del dolor que está presente en la vida humana. Por eso no esquiva la cruz (cosa que podría haber hecho por la omnipotencia del Padre).

El camino de Jesús se inserta en las categorías humanas, porque Él se hace hombre y, como tal, reúne las condiciones para realizar el gran evento de la historia humana que llega a pleno cumplimiento con la Resurrección. Este principio, que conocemos con el nombre de Redención, es el centro del misterio de la fe y vida cristiana que cambia el rumbo de la historia humana.

En este camino nuevo que abre el mensaje del Evangelio de Jesús, tiene comienzo la era cristiana, una etapa de la historia que se basa justamente en el principio de la reciprocidad que abre el camino a la fraternidad universal.

El lenguaje de Jesús era muy humano y comprensible. Él habla de Amor y vive lazos de comunión con todos, sin exclusión. La comunión es la esencia de Dios; Dios que no está solo. La comunión que Jesús vive y conoce es de manera directa, porque el Hijo, junto con el Padre y el Espíritu Santo, componen la Trinidad (tres Personas: Padre-Hijo-Espíritu Santo; un solo Dios). Dios, como es conocido por el mundo cristiano, es comunión de Personas; es Uno y Trino. Jesús invita a vivir una dimensión de Amor que lleva a la comunión fraterna, según el modelo de la Trinidad.

Los Evangelios, son de acuerdo a esta reflexión, la materia prima para inspirar la construcción de nuevos paradigmas sociales a nivel de grupos, de países, y para acercar la diversidad cultural del mundo de hoy que, con el fenómeno migratorio, se hace presente en los diferentes lugares.

La familia y los núcleos de agregación social más pequeños son los primeros lugares de puesta en marcha del ejercicio del amor como reciprocidad. Con un ejercicio experimentado y probado en estos ámbitos será posible una aplicación más amplia en los ambientes de mayor complejidad, como son las relaciones políticas, de gobernanza de las ciudades, las regiones y países. Y también en nuestros días, aquellas relaciones de interdependencia entre pueblos que surgen más explícitamente a partir de los fenómenos de la globalización. Una globalización no gobernada desde la reciprocidad entre países y continentes, corre el riesgo de acentuar las consecuencias de las divergencias económicas y de comportamientos antagónicos que provocan injusticias.

Con estas breves consideraciones, podemos intentar también comprender algún alcance del término «fraternidad» como amalgama social, que hemos comenzado ya a vislumbrar en los anteriores capítulos.

Las sociedades que son solidarias pueden no ser fraternas (como bien nos plantea la Encíclica *Caritas in Veritate* en diferentes puntos). El principio de la solidaridad, vivido en una cultura de fraternidad y reciprocidad, podrá tener un mayor efecto porque, junto con provocar señales de mayor igualdad, también será respetuoso de la diversidad que existe al interior de toda sociedad. Por eso, es importante ir teniendo claro los alcances de ambos principios en las relaciones políticas, económicas y sociales.

Estos conceptos los encontramos como ejes motivadores de las inquietudes que tuvieron Alberto Hurtado, al anhelar que Chile fuera «una tierra de hermanos» y Raúl Silva Henríquez, cuando implora: «Quiero para mi país lo más sagrado que yo pueda decir que vuelve su mirada a Dios» porque «somos hijos de un único Padre». En estas expresiones está el germen del desafío de la fraternidad en su aplicación social.

Este es el principio sobre el cual se desarrolla la Encíclica social *Caritas in Veritate* de Benedicto XVI en el año 2009, un año de profunda crisis económica a nivel mundial.

Más de uno se preguntará ¿Cómo se aplica en escala planetaria la dimensión de la Fraternidad?

El Papa Juan XXIII, al referirse a este tema en un documento histórico del año 1963, *Pacem in Terris*, frente al contexto de

un nuevo conflicto mundial, eventualmente originado por la guerra fría, expresa:

El hecho de pertenecer como ciudadano a una determinada comunidad política, no impide en modo alguno ser miembro de la familia humana y ciudadano de la sociedad y convivencia universal, común a todos los hombres.

Chiara Lubich, gran mística de nuestros tiempos y fundadora de un movimiento laico (y con fuerte matiz ecuménico y de diálogo con las grandes religiones y la cultura contemporánea), conocido con el nombre de «Movimiento de los Foculares u Obra de María», desde la mirada de su propio carisma concentrado en las palabras de Jesús «Que todos sean uno» (Jn 17-21), se hace cargo de interpretar las búsquedas de la humanidad de hoy como un anhelo de auténtica fraternidad. En un discurso de 2002 en Barcelona (España) al Parlamento de Cataluña encontramos una nueva pista para la respuesta acerca de la pregunta anterior:

Vivimos en un mundo que se ha convertido realmente en una aldea. La humanidad vive hoy como si fuera un pequeño grupo, que aún no ha sido capaz de desarrollar suficientemente una mentalidad que respete las distinciones y a la vez contenga la unidad fundamental. Los conceptos tradicionales de raza, religión, cultura y Estado, se resquebrajan ante la complejidad de las situaciones. Pues bien, la fraternidad es precisamente la categoría mental capaz de abarcar esa unidad y esa distinción que la humanidad contemporánea anhela». (Chiara Lubich en España, 2002, p. 16).

La misma Chiara Lubich se pregunta: ¿qué es lo que nos hace ciudadanos? Y su respuesta parte de la visión de Aristóteles de la concordia y así se expresa:

Este es un pensamiento que nos remonta a los orígenes de la reflexión política, que nace precisamente como reflexión sobre la ciudad. Aristóteles sostiene que el vínculo político que une a los ciudadanos es la amistad política, una forma de amistad que él llama también «concordia». Esta exige a cada ciudadano la capacidad de renunciar a un beneficio inmediato, y de trabajar para obtenerlo solamente junto a todos los demás. (Lubich, 2005, p. 313)

Siempre analizando el pensamiento de Aristóteles, aflora la idea de amistad y la dimensión del bien en la política:

La amistad política, según Aristóteles, crea un «cuerpo» político que supera la esfera de la utilidad material, y logra la dimensión del bien: la política, en efecto, es una actividad ética, que exige que todos vivan con justicia. Son palabras de Aristóteles. Pero él está todavía ligado a una concepción limitada de la amistad, y por lo tanto de la ciudadanía, reservada a los griegos y a los libres, vetada a los «bárbaros» y a los esclavos. (Lubich, 2005, p. 313).

Entre las dimensiones de la fraternidad que Chiara Lubich aborda se abren perspectivas de estudiar los alcances que esta podrá tener si se aplica a las categorías de la política cuando la globalización requiere de nuevos matices para abordar las problemáticas emergentes:

Así en la cultura humana –de quien cree y de quien no cree– se ha introducido la idea de la dignidad absoluta de todos los seres humanos, porque son posibles hermanos, confirmando lo que está inscrito en el ADN de cada uno. Y la humanidad, de esta manera, se ve como comunidad universal. La fraternidad hace posible pensar en un bien común de todos los hombres, es decir, pensar en la humanidad entera en términos políticos. (Lubich, 2005, p. 313).

Sin embargo, Lubich invita a no descuidar la ciudad como el lugar de la formación y el espacio para vivir y experimentar las aplicaciones de una verdadera fraternidad que después debe desarrollarse en amplia escala:

Bajo esta perspectiva, obviamente, se pueden afrontar también los desafíos que la globalización comporta hoy en nuestras ciudades. Es la fraternidad la que nos realiza plenamente como ciudadanos, de nuestra ciudad y del mundo. De la reflexión sobre la ciudad surge, por tanto, la reflexión sobre la humanidad. Y es natural que sea así, porque la ciudad es el lugar donde la fraternidad se puede vivir concretamente, es el lugar particular donde madura la universalidad que hay en nosotros, nuestra humanidad. (Lubich, 2005, p. 313).

La fraternidad no uniforme, más bien distingue roles y tareas:

crea un nuevo estilo de vida; une a la comunidad, pero al mismo tiempo, distingue los roles y las tareas. De este modo, las personas, las familias, las pequeñas empresas, las instituciones tradicionales y las estatales, a través de

la fraternidad, consiguen cada una su propio objetivo en el respeto y en colaboración con las demás. Y permiten así, a la sociedad en su conjunto, realizar el propio fin político, que es el bien común. (Lubich, 2005, p. 299).

Como reflexión final sobre el punto, retomamos unos breves pasajes de un discurso de Chiara Lubich en el Congreso de la Interdependencia en Filadelfia, en 2003. La fraternidad, como sostiene la fundadora de los Focolares, no solo encaminará proyectos sociales a nivel local, sino que también podrá reconstruir nuestro mundo:

Es la fraternidad la que puede hacer surgir proyectos y acciones en el complejo tejido de la realidad.

Es la fraternidad la que hace salir del aislamiento y abre la puerta del desarrollo a los pueblos que todavía están excluidos.

Es la fraternidad la que indica cómo resolver pacíficamente las discordias y relega las guerras a los libros de historia.

Es por la fraternidad hecha vida por la que se puede soñar, e incluso esperar, en una especie de comunión de bienes entre países ricos y pobres, porque el escandaloso desequilibrio que existe en el mundo es una de las causas principales del terrorismo.

La profunda necesidad de paz que la humanidad expresa dice que la fraternidad no es sólo un valor, sólo un método, sino que es un paradigma global de desarrollo político.

Por ello este mundo, cada vez más interdependiente, tiene necesidad de políticos, empresarios, intelectuales y artistas que pongan la fraternidad como centro de sus pensamientos y acciones. (Lubich, 2003).

Y reportando las palabras de un pastor bautista norteamericano, que luchó (1929-1968) por los derechos civiles de los afroamericanos, Chiara Lubich pone de relieve que la fraternidad trasciende los credos religiosos y se abre a ser un principio cada vez más universal para abordar los problemas económico y políticos:

El sueño de Martin Luther King era que la fraternidad fuera el orden del día del hombre de negocios y la palabra de orden del hombre de gobierno. (Chiara Lubich en España, 2002, p. 16).



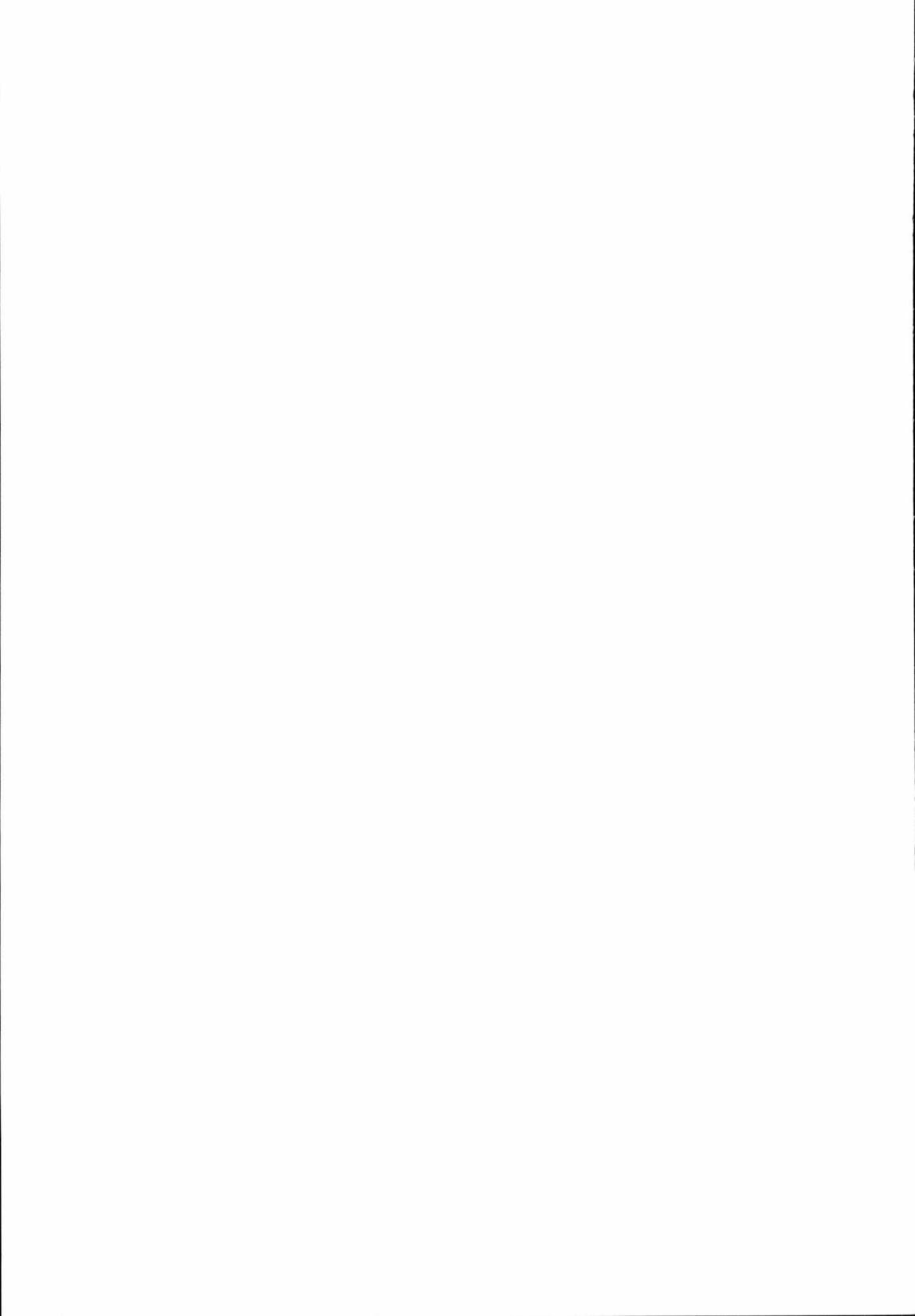
CAPÍTULO VI

Fraternidad, economía y bien común

La fe en Jesucristo permite una comprensión correcta del desarrollo social, en el contexto de un humanismo integral y solidario.

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, N° 327





«La desigualdad se hace particularmente inmoral e inicua cuando los más pobres, aunque tengan trabajo, no reciben los salarios que les permitan vivir y mantener dignamente a sus familias».

Carta Pastoral del Episcopado de Chile: humanizar y compartir con equidad el desarrollo de Chile, septiembre 2012.

Con estas palabras -del ya nombrado documento de los Obispos de Chile-, se advierte el peligro de las consecuencias de las desigualdades sociales cuando éstas afectan a la vida digna del trabajador y de su familia. No es suficiente asegurar trabajo, también hay que preocuparse de la calidad de los mismos. Las desigualdades no se reducen solamente aumentando la productividad, como tarea propia de un mercado libre, con regulaciones contractuales. Hacen falta intervenciones que vayan más allá del mercado y del rol del estado.

Los contratos claros y definidos son claves para un correcto funcionamiento del mercado. Un mercado civil y bien regulado asegura el crecimiento y la cohesión social. El rol del Estado consiste, entre otros, en poner en marcha políticas sociales y asegurar el funcionamiento de servicios básicos, como la salud, una educación de calidad al alcance de todos y atender a las problemáticas de la tercera edad.

El Estado moderno tiene además un rol articulador muy importante para elevar el nivel de los sectores más modestos de la población. Un buen sistema fiscal y de impuestos asegura el cumplimiento de esta función del Estado.

Desde el comienzo oficial de la Doctrina Social de la Iglesia (finales del siglo XIX con el Papa León XIII), el tema de la justicia y de las desigualdades han estado siempre presente en las Encíclicas Sociales. En cada momento histórico, la mirada ha estado siempre atenta para proponer criterios y perspectivas de soluciones, centradas en la dignidad, la libertad de toda persona humana y en la aspiración y derecho de cada pueblo a tener un desarrollo integral.

Hoy más que nunca, estos documentos invitan a buscar soluciones para superar las injusticias que, a causa de los crecientes fenómenos de «financiarización» de la economía, que reducen también los ámbitos de desarrollo de la economía real y productiva, limitan a los jóvenes poder insertarse en el mundo del trabajo. La falta de acceso al financiamiento de los pequeños empresarios es una limitante para crear una red productiva que favorezca a los jóvenes los caminos de emprendimiento propio.

Es evidente que nuevos paradigmas deben permear la cultura contemporánea para que el desarrollo humano y social sea equilibrado e integral. La economía moderna debe recuperar aquellos ingredientes de humanismo que tuvo en muchas épocas de la historia.

La cultura del don y de la reciprocidad, tal como aparece en una lectura atenta de la *Caritas in Veritate* debe entrar en las categorías de la economía para que una nueva manera de pensar provoque mayores espacios de colaboración también en el interior de las empresas. Con el ejercicio de las virtudes sociales se podrá revertir la crisis que se vive y abrir cami-

nos a nuevas «formas de gobernanza», que se hagan cargo de recuperar el principio del bien común en el mundo de la economía y que la lucha ideológica ha hecho desaparecer de la mayoría de los libros y de las cátedras de enseñanza de la ciencia económica.

Un joven pregunta al economista Stefano Zamagni: ¿cómo explica el principio de la reciprocidad para llegar a experimentar la fraternidad?

En noviembre 2011 en Chile, en la Universidad Católica Silva Henríquez, comentando el principio de la gratuidad en la Encíclica *Caritas in Veritate*, el insigne economista así contesta:

El principio de la reciprocidad es un acto de gratuidad, de don gratuito. El principio del intercambio, es un principio del interés. El interés es una cosa buena, no hablo en su contra, con la condición que se haga según las reglas. Esta es la razón por la cual el principio de la reciprocidad va a producir, lo que se llama, una Sociedad Fraterna.

Además, el profesor Zamagni advierte:

no confundir el principio de fraternidad con el de solidaridad, porque solo una sociedad fraterna es solidaria. En esta perspectiva, se hace interesante mirar a la fraternidad como a un principio cristiano, que debe ser vuelto a reproponerse también en la economía para reposicionar el bien común en el centro de toda actividad económica.

Cabe también la pregunta, muy frecuente, si bien público y bien común, ¿son sinónimos?

Es interesante la visión del economista Luigino Bruni cuando, en video-conferencia desde Milán (mayo 2012), se dirigió a los participantes del II Congreso Social organizado por la pastoral de la UC de Chile. Así se refiere a este tema:

El bien común ha sido sustituido con los conceptos de bien público o de *commons*, que, si lo pensamos bien, son exactamente lo opuesto de lo que la tradición clásica y cristiana llama bien común. Porque tanto los bienes públicos como los *commons* pueden quedar como un asunto individualista, sin que el acto de consumo implique algún vínculo entre las personas involucradas.

Siempre en el mismo contexto, Bruni avanza en el desarrollo del tema afirmando:

el bien común clásico implica una relación directa entre personas, mediada indirectamente por el uso de los bienes en común. En este sentido, es una categoría personalista, mientras que el concepto económico de bien común es esencialmente materialista (centrado en las cosas y no en las personas).

La comprensión del bien común, en las categorías de la economía, por lo tanto, nos exige que miremos esencialmente desde la perspectiva de las relaciones humanas y no solo en términos materiales. Y Bruni sostiene:

la economía tiene hoy la necesidad de poner en el centro los bienes comunes vistos como relaciones y no como mercancías.

En el mismo Congreso los estudiantes preguntaron al economista Fernando Coloma: *¿cómo incentivar el estudio de las carreras universitarias desde la vocación y para el bien común?* Aquí su respuesta:

Es justamente ahí donde está el desafío de ir penetrando la cultura y de explicitar el compromiso que cada uno tiene. Todos y cada uno tenemos este compromiso; no es que haya un grupo dedicado al bien común y el resto mirando cómo les va. Transmitir esta responsabilidad que tenemos en cuanto personas es independiente de la carrera que uno pueda tener; el espacio siempre está abierto.

En el transcurso de laboratorios y talleres del proyecto «Con el Sueño de Chile», en el que analizamos la amistad cívica en el mundo económico y en el cuidado del medio ambiente, un grupo de estudiantes preguntó: *¿hay signos de nuevas empresas que, en el contexto de la economía de libre competencia, también asocien un concepto de utilidad social?*

Nello Gargiulo, director ejecutivo de la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez y responsable del mencionado proyecto, así responde:

En estos últimos decenios, ha ido surgiendo un tipo de empresas que, en su esencia, son empresas tradicionales, que operan y lo siguen haciendo al interior de una economía de libre mercado y que están sometidas a la libre competencia. Por lo tanto, asumen todos los riesgos que son característicos de las empresas que nacen y operan en los circuitos del libre mercado. Sin embargo, como

hace notar la misma encíclica *Caritas in Veritate* «suscriben pactos de ayuda a países atrasados, por fundaciones promovidas por empresas concretas, por grupos de empresas que tienen objetivos de utilidad social y por el amplio mundo de agentes de la llamada economía civil y de comunión».

La economía de comunión es un modelo de economía que tiene dos importantes fuentes de inspiración. La primera es la raíz de la economía civil italiana, que nace en la mitad del siglo XVIII, en la ciudad de Nápoles, por las intuiciones del abad y filósofo Antonio Genovesi, quien da comienzo a la primera cátedra de Economía Política en una universidad italiana, cuando denomina su curso: «Lecciones de Comercio». La segunda fuente de inspiración, más moderna, es la intuición de Chiara Lubich cuando propone crear empresas que tengan, como resultados de su operar en el mercado, tres funciones esenciales: desarrollar la empresa y crear fuentes de trabajo; solucionar problemas sociales de pobreza y no olvidar que la empresa es responsable también de formar personas con una visión integral y del bien común, para renovar la ciencia, la cultura, el arte, la política, la economía, etc.

En estas empresas, que se inspiran tanto en la economía civil como en la economía de comunión, el beneficio o utilidad, como objetivo de la actividad productiva, en ningún caso es excluido. En ellas aflora una nueva concepción de la misma economía, cuando se hace efectivo que nuevos objetivos humanos y sociales se asocian al

fin mismo de la empresa. En estas empresas, compartir los resultados económicos incluye también la mirada hacia soluciones de problemas de pobreza y de marginalidad, no solo en el territorio donde ellas operan, sino en un mundo globalizado, por lo que también debe incluir a los pueblos en vías de desarrollo. Una nueva cultura de cooperación debe, de tal manera, involucrar a las políticas de los Estados, también a las grandes multinacionales. Ambos deben hacerse responsables de implementar planes de desarrollo que dejen en el pasado posiciones colonialistas y paternalistas.

La amistad cívica, tal como la vamos comprendiendo, que requiere colaborar entre perspectivas y visiones diferentes en vistas del bien común, es un camino para desarrollar y practicar. Redes de empresas que en el mundo comparten la misma visión y los mismos objetivos sociales estrechamente relacionados con el bien común (por ejemplo, empresas B, economía de comunión, cooperativas con fines sociales, institutos financieros que nacen bajo la norma de la Banca Ética, etc.) son el comienzo de esta nueva manera de pensar la economía y la empresa moderna, un signo profético que dice hoy lo que mañana, en una escala más amplia, la humanidad, por su vocación al bien común, está llamada a realizar.



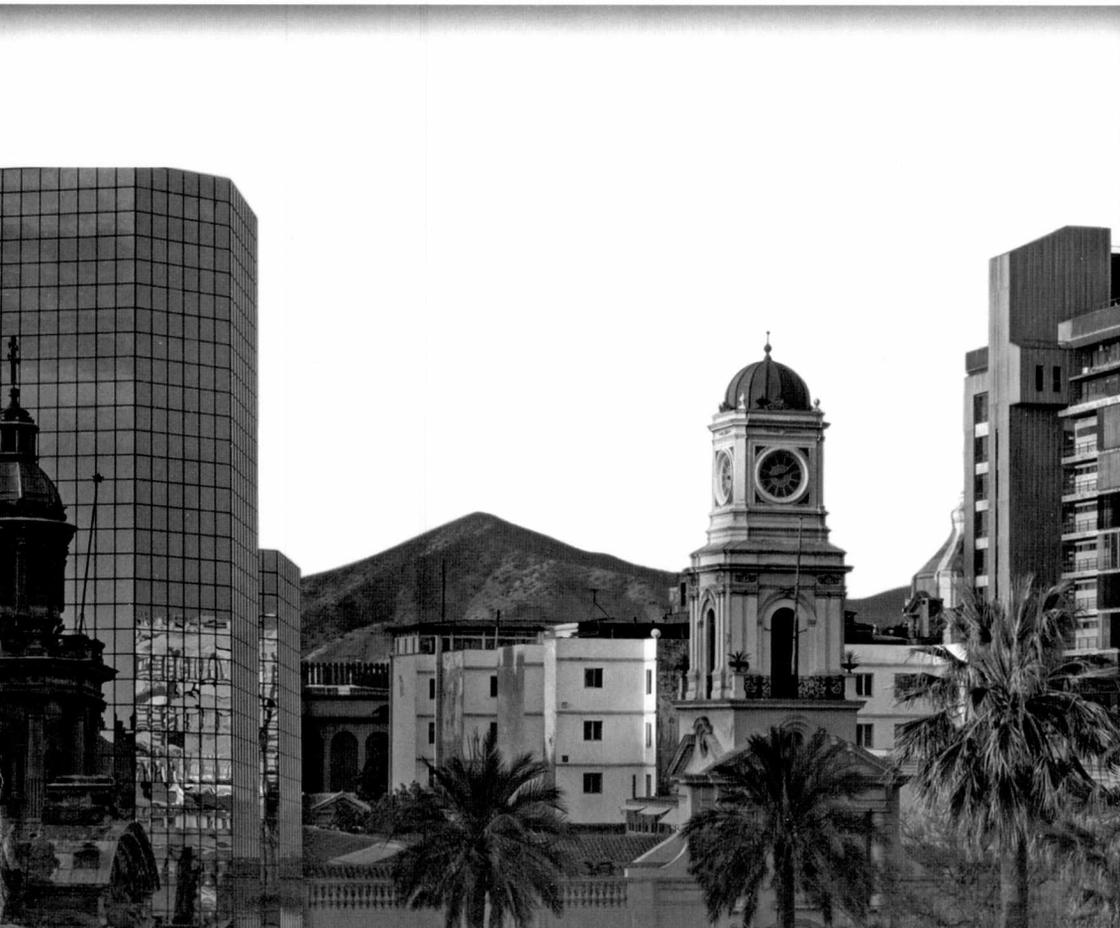


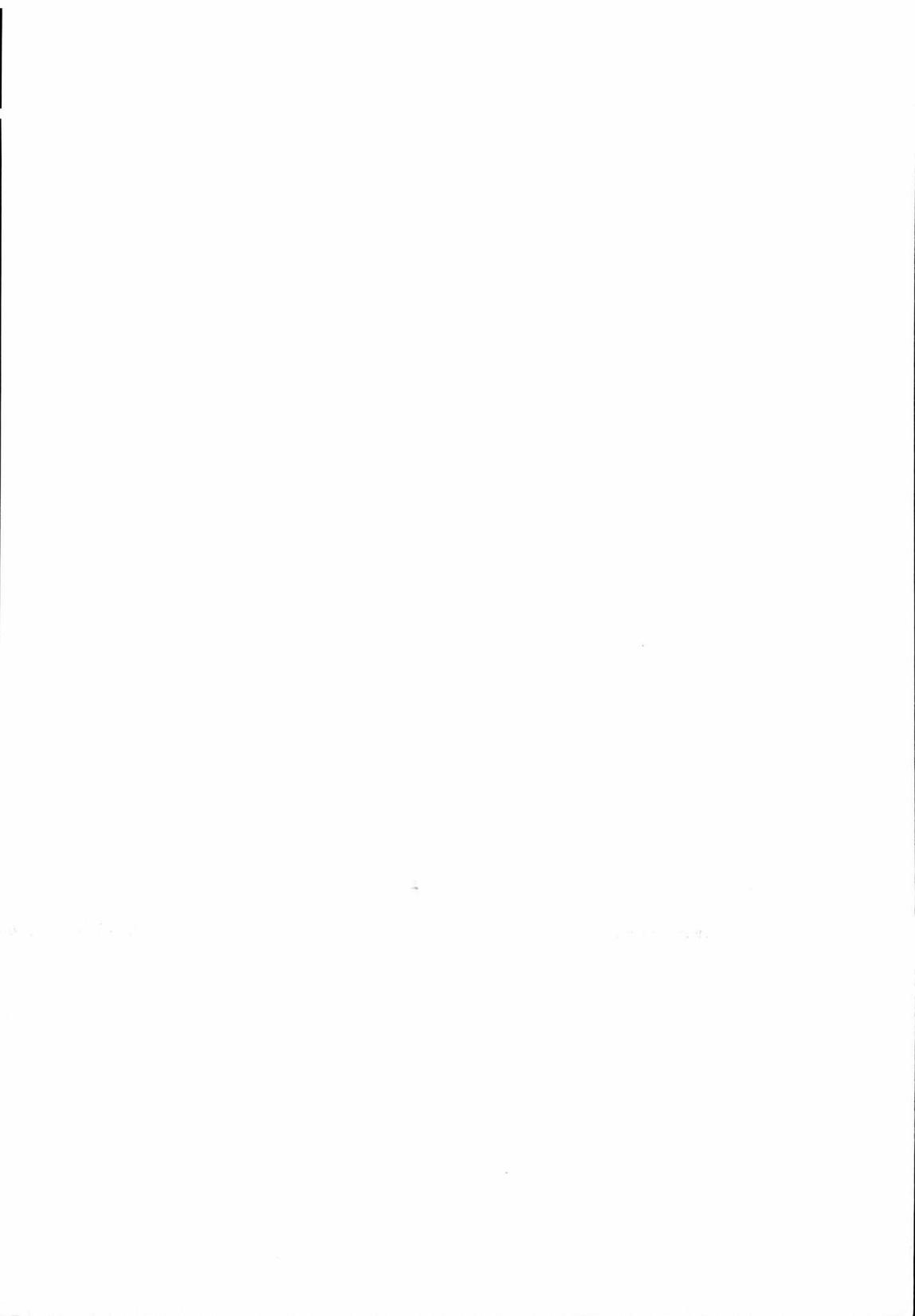
CAPÍTULO VII

Amistad cívica y cuidado de la casa común

*La Naturaleza aparece como un instrumento en las
manos del hombre, una realidad que él debe manipular
constantemente, especialmente mediante la tecnología.*

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, N° 462





Un estudiante de ingeniería civil, en una de las presentaciones de la Encíclica *Laudato Si* del Papa Francisco, en la Universidad Católica Silva Henríquez, en agosto de 2016, pregunta: *¿cómo es posible identificar una empresa que está a favor del medio ambiente con una que sea inconsecuente y solo busca cómo evadir impuestos?*

La pregunta hace evidente la preocupación de muchos jóvenes frente a la problemática del medio ambiente. El estudiante plantea elementos y desafíos para las empresas modernas. A partir de la concepción de la empresa como un espacio de combinación de factores productivos, y al mismo tiempo comunidad y encuentro entre personas, debe cumplir con las normas y obligaciones fiscales y ser responsable con el medio ambiente.

El pago correcto de los impuestos es, en definitiva, un debido acto de responsabilidad, porque la empresa está inserta y es parte de una sociedad. Los impuestos, administrados por el Estado central o los municipios, tienen varias funciones y entre ellas está asegurar la cobertura de los servicios públicos. Un buen sistema fiscal y una conciencia de las responsabilidades ciudadanas de no evadir impuestos sin duda se convierten en un punto inflexible para el progreso económico y social.

Habrá que considerar también todas las consecuencias medioambientales que tiene el actuar de una empresa. En

esta línea, la Encíclica del Papa Francisco *Laudato Si* advierte que los efectos negativos que se producen en los territorios comprometen el bienestar de las futuras generaciones.

En este caso, tenemos que hablar ya de una solidaridad transgeneracional. Los problemas que se producen hoy en un determinado lugar tienen un alcance planetario. Es por eso, que esta Encíclica está destinada a los habitantes de todo el orbe. Hay una relación profunda no solo entre personas, entre pueblos y culturas, sino entre personas-territorio y territorios entre ellos. El cántico de las criaturas de San Francisco es justamente una invitación más que nunca actual a descubrir la relación de cada persona con la naturaleza y también con el autor de la Creación: Dios. El Papa Francisco, en 2015, presenta con esta Encíclica una «ruptura paradigmática» respecto de la manera tradicional de abordar los problemas en esta línea, porque invita a dialogar a todos, más allá de su propia ideología, porque todos vivimos en la «casa común».

El Dr. Carlos Cantero, sociólogo y parlamentario por varias legislaturas, junto con el señor Nello Gargiulo, han presentado esta carta encíclica en varios ambientes universitarios de diferentes ciudades de Chile. Abriendo un diálogo entre visiones laicas y visiones católicas, han construido un método común para una lectura de la Encíclica y una manera para abordar y estudiar el tema medioambiental. «Enfoque Eco» fue la mirada que cruzó las diferentes intervenciones en torno al tema, teniendo como punto de partida, el cántico de las criaturas y el profético *Sueño de Chile* del cardenal Raúl Silva Henríquez.

La palabra Eco tiene varios significados, entre los que se destaca la resonancia, la repercusión, el rebote, etc. Justamente, como fue reportado tanto por el portal del Episcopado Chileno (www.Iglesia.cl) a lo largo de los varios encuentros, como en agosto 2017 en un reporte síntesis de estos seminarios en la Revista Laica Occidente; el diálogo con *Laudato Si* tuvo una buena acogida y una experiencia muy enriquecedora.

Bajo esta experiencia, ofrecemos una breve presentación de estos cuatro enfoques.

El enfoque ecológico nos involucra directamente con las problemáticas del ambiente, el «hábitat», la «casa» y las consecuencias del no respeto a la misma. El desarrollo rápido de la industrialización ha tenido como consecuencia, en varias ciudades, un alto nivel de contaminación. En la ciudad de Pekín, por ejemplo, ha tenido que reducirse el ritmo de producción y aplicarse medidas de descontaminación drásticas. Algo parecido sucedió en Londres hace 50 años. En Santiago se está previendo el transporte público con energía eléctrica y trasladar las fábricas a cordones industriales en las afuera de la ciudad.

El enfoque económico nos lleva a relevar las diferentes situaciones de convivencia y equilibrios sociales en el planeta. El abordaje del uso de las materias primas y cuando estas son explotadas sin tomar suficientemente en cuenta las poblaciones locales con sus exigencias y ritmos de vida, provocan enorme desequilibrio. La explotación de riquezas no necesariamente coincide con un crecimiento material y de bienestar de las poblaciones locales. Al contrario, en muchos pocos casos se

da esto. Los lugares que tienen materias primas importantes son explotados y los resultados favorecen muy poco el desarrollo local. Hoy, más que nunca, en las universidades y centros de estudios se debe pensar y enseñar, como ya hemos señalado en otros puntos de esta publicación, nuevos modelos de gestión de las empresas que integren los resultados económicos positivos con niveles de responsabilidad social hacia los sectores más débiles y postergados, en búsqueda de una inclusión más universal.

El enfoque ecosistémico es necesario justamente para abordar las problemáticas ambientales en su conjunto. Debe promoverse una mirada global para no romper los equilibrios cósmicos que se basan en relaciones de interdependencia entre especies animales y vegetales, las cuales se originan y se multiplican en diferentes ambientes bajo un principio también de mutua reciprocidad de funciones. Cuando por ejemplo hablamos de las reservas hídricas de la región antártica, no podemos olvidar que esto tiene relación con los equilibrios medioambientales de todo el planeta Tierra y, por lo tanto, su cuidado y conservación es un patrimonio común. Un país como Chile, que tiene climas y ambientes variados a lo largo de sus 5.000 km de territorio, podrá hacer -más que cualquier otro país- este interesante ejercicio para el respeto de su variado y rico ambiente natural. La búsqueda de diálogo y de políticas de integración es necesaria para lograr equilibrios macro y micro que exigen cada vez más medidas de intervención apropiadas y responsables.

El enfoque ecuménico nos abre al diálogo entre las diferentes culturas, religiones y denominaciones cristianas. Las socieda-

des modernas no siempre se han construido sobre los valores del diálogo y de la interculturalidad. Muchas veces terminan siendo muy proclives a dejar postergadas las tradiciones de los pueblos originarios, al punto que los conflictos hacen difícil la convivencia pacífica. Las tradiciones por sí solas nos dejan en el pasado y pueden ser un freno al progreso, que para ser tal debe apoyarse sobre valores históricos que han construido el alma de un pueblo. También existe un elemento de la cultura actual que es muy reductivo, cuando lo material se hace preponderante y esto estimula síntomas de relativismo, que terminan alimentando las corrientes de individualismo. La cohesión social de una nación requiere fuertes vínculos con su historia, con sus grandes valores, y de diálogo entre los componentes de la cultura moderna. En este aspecto, la amistad cívica es el camino para integrar las diferentes miradas, colocándolas en una actitud de escucha y de apertura a los diferentes aportes.

También aquí en Chile ha habido sensibilidad para este diálogo que la Encíclica promueve. En Arica, en un acto de presentación de este tema, en agosto de 2016, Mons. Atisha, obispo de esa diócesis, señala:

Cuando el Papa Francisco en este documento se refiere al «cuidado de la casa» porque este tema incluye el cuidado del medio ambiente, que las grandes zonas de pobreza en el mundo se han generado cuando se ha descuidado el ambiente. La *Laudato Si* no puede confundirse ni tampoco tratar de presentarla como si fuese una «encíclica verde», o simplemente un texto de reflexión ecologista. Por lo mismo, unido a lo que afecta a la crea-

ción, encontraremos que el Papa nos invita a mirar a los pobres, y cómo son ellos los que, con más gravedad, se ven involucrados y transformados en víctimas de «los pecados contra la creación».

Mons. Atisha retoma el concepto de «ecología integral» y lo presenta:

Como un nuevo paradigma de comprensión de la realidad social que este siglo ofrece y permite».

Y retomando las palabras de la *Laudato Si* del papa Francisco (2015), el prelado afirma:

(debemos) buscar soluciones integrales que consideren las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental.

La solución de tantos problemas sociales -como ha sostenido Nello Gargiulo en los diferentes encuentros- depende de una mirada de inclusión y de integración del más pobre que, como el viejo Lázaro del tiempo de Jesús, aún vive bajo la mesa y para sobrevivir debe estar atento a las migajas que caen de la misma. El Lázaro de hoy debe ser invitado a la mesa y compartir el uso de los bienes que son comunes, asegurándole una digna sustentabilidad. Una buena educación, espacios públicos acogedores, bibliotecas públicas, acceso a una buena salud, etc., deben ser bienes públicos que las conquistas sociales y económicas del nuevo milenio deben recuperar, en un concepto de integración y de inclusión para superar la cultura

de la migaja y abrir el camino hacia una nueva cultura de la acogida.

El anfitrión que se esmera para que todos sus invitados se sientan cómodos en su casa es el modelo y el camino para todos aquellos que están disponibles a cruzar miradas diferentes del problema del «cuidado de la casa común», siempre desde el común denominador de la inclusión. La amistad cívica será la cultura del diálogo, del encuentro y también del reto y de la corrección que todos deben estar dispuestos a asumir cuando nos salimos de las reglas y del buen comportamiento ético-social.

Completamos el cuadro de comentarios señalando que la Universidad Salesiana Católica Silva Henríquez ha querido colocar la Ecología Humana entre los ejes centrales de la formación de los futuros profesionales que salen de sus aulas. En el N°2 de agosto de 2016 en la revista *Razón, Amor y Trascendencia*, dedicada a la Encíclica *Laudato Si*, un año después de su promulgación, los autores de los artículos han evidenciado tres aspectos esenciales para la reflexión de los estudiantes:

1. La pasión por la tierra propia. El joven académico y doctor en filosofía Alex Ibarra, en un ensayo denominado: «El concepto de Tierra en la filósofa chilena: la interpretación política de la *Laudato Si*», se refiere a la gran poetisa Gabriela Mistral, destacando su texto: «La Pasión Agraria» cuando ella así se expresa: «Del campesino en Chile, nadie se acuerda» o en relación al indígena: «El indio se queda sin suelo, sin herramientas y sin educación agrícola; le dejan el alcoholismo y la coca...», Los soportes de estas frases no corresponden al pensamiento marxista -sostiene

Ibarra- que crecía en América Latina, ya que fue explícita en rechazar esta corriente política, a pesar de la fecundidad que varios intelectuales advierten con claridad. La Mistral, siempre sostiene Ibarra, rechazaba del marxismo en primer lugar su demagogia y en segundo lugar su ateísmo. Pero este rechazo no le impedía ver el problema del campesino y del indio como un problema político-económico, relacionado con la idea de la tierra como propiedad privada, la cual significaba el sometimiento a la miseria de los habitantes de nuestra América. Su clara conciencia política se ve reflejada en frases como: «¿qué somos él y yo para convencer a nuestros capitanes políticos de que la Colonia era el latifundio y que no hemos salido de la Colonia?» La poetisa, relata siempre Ibarra en su ensayo, con la pasión por el agrarismo, se comprometió con una escritura a favor de los pueblos latinoamericanos, también en acciones concretas sociales y políticas, como por ejemplo su participación en la reforma educativa mexicana a favor del campesinado.

2. Incluir la estética para un nuevo aprendizaje en la ecología humana. La académica Sonia Brito, en su ensayo denominado «Educación: una herramienta para la Ecología Humana» de 2016, comenta la Encíclica. Ella considera la educación estética y sus bondades como parte del aprendizaje de una persona que tiene como misión la felicidad como un bien irrenunciable, en un espacio social para todas y todos. Este es el tiempo de las grandes transformaciones -sostiene Brito-, el cambio con un sentido es un imperativo. Proyectar la mirada hacia un futuro implica encaminar la senda, considerando como eje la construc-

ción de un nuevo sujeto, que reconozca que la existencia de otros depende de la construcción de discursos y prácticas en pos del bienestar y la felicidad. Estos -son siempre palabras de Sonia Brito- necesariamente emplaza a desaprender lo aprendido, transitar hacia nuevos hábitos y nuevas relaciones. Y en este contexto recuerda el llamado del Papa Francisco en *Laudato Si* 215:

no descuidar la relación que hay entre una adecuada educación estética y la preservación de un ambiente sano. Prestar atención a la belleza y amarla nos ayuda a salir del pragmatismo utilitarista. Cuando alguien no aprende a detenerse para percibir y valorar lo bello, no es extraño que todos se conviertan para él en objeto de uso y abuso inescrupuloso. (Citado en Brito, 2016, p. 45)

3. La ecología humana en los curriculum de estudio. El académico y vicerrector académico de la UCSH Manuel Pérez, en su ensayo «La ecología humana en el currículo», al abordar el tema de la pertenencia de los cambios curriculares, integra la visión de la ecología humana retomando el punto de *Laudato Si*, 155: «Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen en común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos». Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Por eso considera que todo cambio es pertinente y posible de implementarse desde:

- Una pedagogía de mediación, diálogo y aproximación a la cultura, acompañado por un ambiente comunitario alegre y optimista.
- Una comunidad de aprendizaje centrada en el estudiante, que asume la construcción colectiva del conocimiento, el rigor científico, la búsqueda de la verdad, el bien y la belleza como horizonte de vida.
- Una redefinición de la política y formas de gobierno universitario, de su gestión y rendición de cuentas, entendida desde la imputabilidad moral, de mayor poder, mayor responsabilidad.

Más que conclusiones, una proyección...

En un trabajo de estas características, me parece que es una gran oportunidad, para quienes somos formadores y para nuestra juventud, realizar una reflexión y hacerse parte de este sueño del recordado Cardenal Silva, que en esta oportunidad nos interpela a sentirnos actores y no espectadores. Como se presenta en el capítulo I de este libro, el Cardenal Silva Henríquez pone énfasis en un Chile más digno, más igualitario, donde reine el respeto por el otro y por sobre todo el amor. Los jóvenes, nuestros jóvenes, no pueden quedarse en la contemplación del mensaje, esperando el mundo nuevo, sino que deben ser agentes activos de la transformación hacia una patria más justa, sustentada en la fraternidad y el amor.

Creo que nadie podría negar el hecho de que estamos experimentando tiempos de cambios; esta es una época de transición hacia otra manera de interpretar las cosas. Nos ha costado asimilar esta realidad y en algunos casos ha sido doloroso. Es aquí donde nuestros jóvenes pueden ser parte importante de las revoluciones que se están desarrollando, y de todas las que vienen. Ellos se han percatado de que es necesario terminar con la replicación de un modelo basado en la alta competitividad y en la búsqueda de la satisfacción personal como único y principal horizonte. Así como se indica en el capítulo V de este libro, el camino para enfrentar esto es la construcción de un modelo basado en la fraternidad que se genera al ser todos hijos de un mismo padre. Como dice el Cardenal: «Un país fraterno solo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios», y es que el otro no es

un individuo, es mi hermano, y a un hermano se le ayuda, respeta y ama.

En estos días experimentamos los resultados de una cultura del individualismo, una sociedad marcada por una desigualdad furiosa y donde el tener éxito y reunir logros a como dé lugar es el principal objetivo. Un elemento que es común a la juventud, más allá de su pertenencia social.

El éxito se mide más por el resultado que por el proceso, lo que permite que los caminos recorridos no se rijan necesariamente por una construcción de respeto y crecimiento en armonía. Bajo esto, pareciera que podemos hacer todo lo que queramos, como no respetar las leyes, evadir los impuestos, no cuidar la naturaleza y especialmente los bosques y la contaminación de los mares, con todas las consecuencias sobre los equilibrios en el ecosistema.

Los lazos y la cohesión social se debilitan cuando se pierde el interés en el otro, por lo que cobra validez casi cualquier cosa que nos permita alcanzar el deseado objetivo personal, aunque con eso dinamitemos los ya frágiles fundamentos sociales. Podemos incluso preguntarnos: ¿somos realmente fraternales con nuestros hermanos? ¿Nos importa realmente lo que suceda con nuestros mares, nuestras montañas, con nuestra gente? ¿Queremos con el corazón un Chile más justo, más digno, más solidario?

La juventud, y particularmente esta juventud, es la generación sin miedo, es la generación que se atreve. Como se presenta en el capítulo II de este libro, somos nosotros, los formadores, los que debemos resguardar efectivamente a esta

juventud por medio de la perspectiva del sistema preventivo de Don Bosco. La energía de esta juventud, la libertad de esta juventud, son grandes potenciales en nuestras manos, como responsables de hacer de nuestros jóvenes los perfectos candidatos a ser buenos cristianos y honrados ciudadanos.

Siguiendo en el desarrollo de los capítulos del libro, con la temática de unir la solidaridad y fraternidad con la construcción del bien común, sin duda que tenemos herramientas para abrir caminos de respuestas a las preguntas expuestas. Y con eso también invitar a nuestros jóvenes a construir caminos de solidaridad y fraternidad en el campo de la política y de la economía.

Los jóvenes, históricamente, han sido los grandes factores de cambio; ellos son quienes mantienen la libertad de la inocencia infantil, pero con la formación y experiencia necesaria para afectarse e impactarse por aquello que les rodea. Es por eso que son los llamados a realizar los cambios culturales para la construcción de una mejor sociedad; nosotros, el resto, ya estamos demasiado cargados con lo que nos rodea, ya han sido muchos los golpes que nos ha dado la vida, por lo que nos volvemos temerosos y conservadores. Estas generaciones han crecido sin miedo, triunfantes, rodeadas de un mundo que les grita que atreverse es crecer, rodeados del amor de quienes, como don Raúl, también soñamos en un Chile justo y solidario.

Los jóvenes ya nos despertaron con sus movilizaciones y evidenciaron nuestros límites y errores; ahora les queda lo más difícil, cambiar los roles y pasar de grandes diagnosticadores a portadores de transformación. Esta juventud valiente ahora

debe ser parte activa de la construcción de sociedad, debe colmar los espacios con nuevas propuestas, retomando el camino de la proyección en conjunto para volver a poner en valor el triunfo del otro, ya que ese es el triunfo de todos.

Estoy cierto que el lenguaje de la reciprocidad y del bien común son las materias primas en las cuales debemos poner toda nuestra originalidad al momento de educar el sentido social en los jóvenes para, de esta manera, romper con el individualismo y construir una sociedad fraterna y solidaria.

Agradezco a José Alegría, Director de Asuntos Estudiantiles de la UCSH, por las conversaciones y los intercambios de ideas y proyecciones de los contenidos de esta publicación, para ser utilizados en futuros programas de formación de líderes juveniles.

Bibliografía

Caritas in Veritate. Carta Enciclica de Benedicto XVI. Ciudad del Vaticano, junio 2009.

Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Pontificio Consejo «Justicia y Paz». Ciudad del Vaticano 2014.

Chiara Lubich en España. Crónica de un viaje. Editorial Ciudad Nueva. España, 2003.

De la Publicación *Con el sueño de Chile* del Cardenal Silva construyendo la Amistad Cívica.

Educación Ciudadana. Tomás Scherz Rodrigo Mardones. Arzobispado de Santiago Noviembre 2016.

El Alma de Chile. Ediciones Cieplane. Santiago de Chile 1989.

Estudios Recientes sobre la Fraternidad. De la enunciación como principio a la consolidación como perspectiva. Osvaldo Barreneche. Ciudad Nueva, Buenos Aires, 2010. Cfr. Capítulo «Hacia una precisión conceptual de la Fraternidad» Rodrigo Mardones.

Formación en Nuevos Liderazgos en tiempos de crisis. Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez y Universidad Católica Raúl Silva Henríquez, 2013.

La Doctrina Espiritual. Chiara Lubich. Ediciones Ciudad Nueva. España 2015.

La Patria Anhelada. Coedición Fundación cardenal Raúl Silva Henríquez y Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago de Chile 2008.

La Persona Humana Corazón del Desarrollo Humano. Recopilación del Congreso Social de mayo 2012. Pontificia Universidad Católica de Chile.

Laudato Si. Carta Encíclica de Papa Francisco. Ciudad del Vaticano, junio 2015

Memoria Cardenal Raúl Silva Henríquez. Ediciones Copri-graph-Santiago Chile 1994

Razón, Amor y Trascendencia. Revista de la Vice-rectoría de Identidad y desarrollo de la Universidad Católica Silva Henríquez. N. 2 Santiago, agosto 2016.